

LOS MARTIRES DE LA CRUZADA NACIONAL

Angel García Fuente



3872

LOS MARTIRES
DE LA
CRUZADA NACIONAL

Angel García Fuente



EDICIONES OJEDA

Editor: Angel García Fuente
© Angel García Fuente
Primera edición: Julio 1997
ISBN: 84-920591-6-8
Depósito legal: B-32492-1997
Portada: C. Sáenz de Tejada
Impreso en MAES - Barcelona - España

www.1936-1939.com

¿GUERRA CIVIL O CRUZADA NACIONAL?

Hay una fecha histórica reciente en los anales del pueblo español que, si posible fuera, los historiadores actuales la habrían hecho desaparecer: el 18 de Julio de 1936, fecha del Alzamiento Nacional. Como los hechos ocurridos, para bien y para mal, no pueden negarse, de lo que se trata es de tergiversarlos e interpretarlos en su realidad concreta, tratando de equilibrar la responsabilidad de los mismos entre ambos bandos contendientes: los rojos y los nacionales. De la Guerra Civil del 36 afirma escueta y esquemáticamente Julián Marías, ilustre intelectual irenista, que es "la derrota justa de los vencidos y la victoria injusta de los vencedores". Nada más y nada menos. Y eso es todo, que dirían los americanos.

Ni a Salomón, con toda su sabiduría, se le habría podido ocurrir una fórmula tan escueta y lapidaria. Pero, al fin y al cabo, tan opuesta a la justicia, la equidad y la verdad histórica conculcadas por igual.

La frase-tesis de Julián Marías reconoce que hubo una Guerra Civil entre dos bandos de españoles que se combatieron a muerte y con saña. Pero a la hora de repartir responsabilidades, el intelectual Julián Marías iguala a vencedores y vencidos, a rojos y nacionales, a tirios y troyanos. Porque, según él, todas las guerras son injustas y condenables por igual. ¿Es esto justicia histórica fidedigna? En el presente caso habría que exclamar: suma igualdad, suma injusticia.

Loable empeño es buscar la reconciliación de los españoles. Pero no a costa de la verdad. Sobre la

Guerra Civil nosotros no nos pronunciamos, pero sí sobre un hecho capital de la misma: la persecución religiosa desatada en la zona roja contra los miembros inermes de la Iglesia Mártir española. En este punto capital, no son iguales ni igualables los rojos y los nacionales, los que morían gritando: "¡Viva Rusia!" y los Mártires de la Cruzada Nacional que lo hacían al grito de "¡Viva Cristo Rey!"

No son iguales los milicianos de la Zona Roja fusilando la estatua del Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, tratando de matar a Dios, y los requetés navarros que luchaban y morían con el crucifijo entre sus manos.

Este es el hecho histórico y teológico que, hoy día, se pretende ocultar, negar y borrar de la memoria colectiva del pueblo español. Y todo en nombre de la paz y la reconciliación nacional a toda costa. Y triste es tener que decirlo: en el empeño de equilibrar la balanza de vencedores y vencidos de la Guerra Civil; de mártires y verdugos de la Cruzada Nacional; se han distinguido ciertos católicos y cierta Iglesia progresista nacida y propagada en los tiempos postconciliares del Vaticano II. Ellos fueron los primeros en silenciar - in aeternum!- según ellos, el heroísmo martirial de tantos compatriotas nuestros.

Se invoca, para justificar esta postura, el deber cristiano del perdón. Pero el deber cristiano del perdón no debe confundirse con el pecado del olvido. Su Santidad el Papa Juan Pablo II nos ha recordado esta verdad a los católicos españoles al beatificar a los MARTI-

RES DE LA CRUZADA NACIONAL DEL 36: todos ellos murieron por odio a la fe que profesaban y con el perdón en sus labios moribundos. Por eso son dignos de figurar en el Martirologio cristiano.

El irenismo de los pacifistas a ultranza llega a límites insospechados: llega a pedir -pro bono pacis- que el Papa beatifique también a los "mártires rojos de la Zona Nacional" o los "cruzados" rojos que luchaban y morían por implantar el ateísmo marxista en España. (¡!) Tamaño dislate es invocado por algunos católicos, obispos y sacerdotes olvidando el hecho elemental de que la Iglesia Católica sólo canoniza a los mártires que mueren por Cristo, no contra Cristo como es el caso de los caídos por Dios y por España durante la Guerra Civil del 36.

Esta, sin duda alguna, fue cruel y despiadada. Pero no debe olvidarse jamás que fue, por parte de los nacionales, **una Cruzada Nacional en defensa de la Fe** del pueblo español.

Para corroborar nuestro aserto bastaría con traer a colación el testimonio elocuente por demás del Papa Pío XII. En su radiomensaje al pueblo español (16-IV-1939) afirmaba: "Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La nación elegida por Dios, principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como inexpugnable baluarte de la Fe Católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la reli-

gión y del espíritu... El sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de la fe y de la civilización cristiana, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y, ayudado de Dios, que no abandona a los que esperan en El (Jud.13-17) supo resistir el empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad, no luchaban sino en provecho del ateísmo". (**Historia de la Persecución Religiosa** de A. Montero. Apéndice documental pág. 744)

Este carácter de "Cruzada" dado a la Guerra Civil del 36 por el Papa Pío XII fue sostenido a su vez por el Episcopado Español en pleno.

En su célebre Carta Colectiva formulan su afirmación rotunda: "afirmamos que el levantamiento cívico-militar- ha tenido en el fondo de la conciencia popular un doble arraigo: el sentido patriótico, que ha visto en él la única manera de levantar España y evitar su ruina definitiva; y el sentido religioso que lo consideró como la fuerza que debía reducir a la impotencia a los enemigos de Dios y como garantía de la continuidad de su fe y la práctica de su religión". (**HISTORIA DE LA PERSECUCION RELIGIOSA EN ESPAÑA**. BAC-Madrid 1961, pág. 699).

Esta afirmación rotunda, clara y definitoria de la postura beligerante adoptada por la Iglesia Española en el conflicto bélico de la Guerra Civil del 36, los obispos no sólo la justifican sino que la defienden decidi-

damente con argumentos teológicos, sociológicos y políticos siguiendo la doctrina de Santo Tomás sobre la guerra justa y la praxis de la Iglesia a través de los siglos. Saliendo al paso de la objeción ladina de **beligerancia injusta**, los obispos españoles afirman: "...Podría alguien que no desconociese el Código de Derecho Canónico decirnos: enhorabuena que los ciudadanos españoles, haciendo uso del derecho natural, se hayan alzado para derrocar un gobierno que llevaba la nación a la anarquía. Pero ¿no pregona siempre la Iglesia el apartamiento de las luchas partidistas? ¿No ha dicho muchas veces su Santidad Pío XI que la acción de la Iglesia se desarrolla fuera y por encima de todos los partidos políticos? ¿No prescribe el canon 141 a los clérigos que no presten apoyo de modo alguno a las guerras intestinas y a las perturbaciones de orden público...? ¿Cómo se explica, pues, que hayan apoyado el actual alzamiento los prelados españoles y el mismo Romano Pontífice haya bendecido a los que luchan en uno de los dos campos?

"La explicación plenísima nos la da el carácter de la actual lucha, que convierte a España en espectáculo para el mundo entero. Reviste, sí, la forma externa de la **guerra civil**, pero, en realidad es una **cruzada**. Fue una sublevación, pero no para perturbar, sino para **restablecer el orden...**" (Ibidem página 698).

De este importantísimo texto de los obispos españoles -testigos oculares de los hechos- se desprenden tres afirmaciones: -El Alzamiento Nacional del 36 fue justo y necesario.- La Guerra Civil subsiguiente fue

una cruzada en defensa de la Religión y la Patria. -La Iglesia Católica de España se vio forzada a ponerse del lado de los que defendían este ideal.

No fue, pues, una guerra de intereses sino de principios. Y en esto, al fin y al cabo, vinieron a coincidir los rojos y los nacionales.

En 1937 Mao Tse Tung escribía una carta al pueblo español en nombre del Partido Comunista Chino en la que afirmaba textualmente: "Nosotros, el Partido Comunista Chino, el Ejército Comunista Chino, y los Soviets chinos, estimamos que la guerra dirigida actualmente por el Gobierno español es **la guerra más sagrada que hay en el mundo**. Esta guerra se lleva a cabo, no sólo en nombre de la vida del pueblo español, sino para todos los pueblos explotados del mundo..." (CUADERNOS PARA EL DIALOGO, N° 183- 2ª Epoca, 30-X-76. **Carta de Mao a los españoles**, de Merche Rosua).

El carácter de **Cruzada Nacional del Occidente** dado a la Guerra Civil del 36 es confirmada por prestigiosos intelectuales como Maurice Bardeche. En su "GUERRA CIVIL DE OCCIDENTE" formula las siguientes afirmaciones: "Repitémoslo para los que no lo saben o lo han olvidado: la Guerra de España fue la primera batalla librada en defensa del Occidente contra la barbarie y la esclavitud. Fue la más diabólica de las batallas por ser la más pura: ninguna política de hegemonía, ninguna anexión mezclaban su veneno al enfrentamiento de dos concepciones de vida, de moral y de civilización. La victoria franquista aseguró por

cuarenta años, la solidez del Occidente..." (Revista "UNIVERSITAS" de la Pontificia Universidad Católica Argentina, Santa María del buen Aire. N° 40 de Junio 1976).

Por su parte Augusto del Noce, ilustre catedrático de Historia de las Ideas políticas, de la Universidad de Roma, afirma respecto del tema que nos ocupa: "La lectura de un reciente e interesante libro: LOS CATOLICOS FRANCESES Y LA GUERRA DE ESPAÑA me ha recordado las cuestiones que, en 1937, hervían en los ambientes de los jóvenes (italianos). La guerra de España era la ocasión... ya que eran innegables las persecuciones antirreligiosas, estimuladas, antes de dicha Guerra Civil, por las fuerzas radicales y socialistas entonces en el poder, continuadas después por los comunistas y anarquistas... Para la mayor parte de los católicos se trataba de una "guerra santa", de una "cruzada". (L'EUROCOMUNISMO E L'ITALIA, p. 29).

Triste es tener que constatar que -entre nosotros- la mayor parte de los historiadores españoles actuales reduzcan la Cruzada Nacional del 36 a una guerra civil pura y simplemente." A pesar de que varios historiadores nos hemos empeñado en clamar contra una torpe e interesada construcción mitológica -dice Ricardo de La Cierva- se ha mantenido la "especie oficiosa" de que nuestra Guerra Civil fue la **Cruzada** de un ejército español contra las hordas del Comunismo Internacional. No es cierto. La tragedia y la realidad de nuestra Guerra Civil consistió precisamente en eso: en que fue

una guerra civil... Todos -nacionales y republicanos- luchaban y morían por la misma España...”

Ciertamente no era de este parecer la Jerarquía Católica del 36. El Obispo de Salamanca, en su pastoral del 30-IX-1936, tras constatar la anarquía, la persecución religiosa y los crímenes horrendos de la llamada “Zona roja”, afirma: “...Nadie ha podido recriminar a la Iglesia porque se haya abierto y oficialmente pronunciado a favor del ORDEN, contra la ANARQUIA, a favor de la implantación de un gobierno jerárquico contra el disolvente Comunismo, a favor de la defensa de la Civilización Cristiana y de sus fundamentos: RELIGION, PATRIA, y FAMILIA contra los sin Dios y contra Dios, sin Patria y hospicianos del mundo, en frase feliz de un poeta cristiano. Ya no se ha tratado de una GUERRA CIVIL, sino de una CRUZADA por la Religión y por la Patria y por la Civilización. Ya nadie podía tachar a la Iglesia de perturbadora del orden, que ni siquiera precariamente existía.

“En realidad se trataba, como ha dicho exactamente el Jefe de Gobierno de una nación extranjera: “Estamos cansados de decir a Europa que la Guerra Civil Española, independientemente de la voluntad de las partes en conflicto, es con absoluta evidencia UNA LUCHA INTERNACIONAL EN UN CAMPO DE BATALLA NACIONAL.” (**Historia de la persecución religiosa en España.** De Antonio Montero Moreno. Apéndice documental, p. 699. BAC.Madrid 1961).

Al margen de esta postura clara y definitoria de la Iglesia Católica que protagonizó los hechos de la Cru-

zada Nacional del 36, el señor de La Cierva continúa afirmando: “No eran comunistas contra fascistas, sino españoles contra españoles. Una común locura dividió a los ejércitos, como al resto del país. La división profunda, la guerra civil del Ejército fue posible por la identificación -hasta en sus errores, hasta en sus crisis- del Ejército y del pueblo que era, en el 1936, UN PUEBLO SUICIDA...”

“No hay razón -concluye nuestro ilustre historiador de la Cruzada- para perpetuar, cuarenta años después, las huellas de aquel suicidio...”

Ciertamente, el pueblo español del 1936 no fue un pueblo suicida que se echó a la calle; que fue a la guerra civil más sangrienta de su Historia porque sí, por nada, por una súbita y común locura de sangre, de odio y de muerte. El pueblo español, siempre ha profesado la filosofía “vitalista” de Unamuno. Pero el pueblo español, de uno y otro bando, supo morir con heroísmo y coraje por un ideal. Los “rojos” y los “nacionales” luchaban ambos por un ideal sentido y apasionado, y, por nuestra parte, no tenemos reparo alguno en afirmar -con Mao Tse Tung- que la Guerra Civil del 36 es “la guerra más sagrada que hay en el mundo”. Símbolo acabado de ese carácter singular de nuestra Guerra Civil del 36 es la Cruz del Valle de los Caídos, que ampara y guarda las cenizas de los que murieron en el campo de batalla, sin distinción de banderas e ideales.

Este símbolo de auténtica reconciliación nacional -al amparo de la Cruz de Cristo- es el que hoy día no se quiere reconocer y apreciar por parte de ciertos histo-

riadores españoles ajenos al "ideal" por el que supieron luchar y morir un millón de muertos en la Guerra Civil o Cruzada Nacional del 36.

Todos lucharon por España. Ciertamente. Pero España estaba dividida en dos bandos antagónicos que se odiaban a muerte. Esta fue la auténtica tragedia de la Guerra Civil del 36. Tragedia anunciada ya por el poeta Machado: "Españolito que vienes -al mundo te guarde Dios- una de las dos Españas- ha de helarte el corazón".

En aquella España dividida y enfrentada no hubo lugar para la concordia. "Fue imposible la paz" -que diría Gil Robles-. "Son tan profundas las diferencias -sentenció por su parte Indalecio Prieto- que ya no pueden estar juntos ni los vivos ni los muertos. Los cadáveres de D. José del Castillo y D. José Calvo Sotelo no podían ser expuestos en el mismo depósito... El cadáver del señor Calvo Sotelo quedó en el depósito general, y el del señor Castillo se llevó al depósito del que fue cementerio civil... El cadáver del señor Castillo estaba custodiado por Guardias de Asalto. El del señor Calvo Sotelo, por Guardias Civiles. Al primero le rindió homenaje una gran masa proletaria. Al segundo, le escoltó hasta la fosa una legión de señoritos. ¿Se quiere una expresión que pinte con mayor patetismo el actual estado de España? Difícilmente podrá hallarse otra más gráfica. Los odios de una y otra muchedumbre saltan por encima de las tapias que acotan los dos recintos mortuorios". ("NO FUE POSIBLE LA PAZ" de Gil Robles, pág. 791 Nota 40).

Nos guste o no nos guste, la historia es ésa. La historia está ahí: con la elocuencia muda y trágica de los hechos: dos cementerios españoles, el civil y el católico; dos cortejos fúnebres, la masa proletaria y la legión de señoritos; los "rojos" y los nacionales; las dos Españas de Machado.

¿Que hay que superar esas dos Españas? Sin duda alguna. Pero no a base de negar la historia; de negar los hechos; de negar las responsabilidades mutuas. Responsabilidad histórica de la **persecución religiosa**, desatada únicamente en la "zona roja" la tienen la II República y el Frente Popular. De este hecho hablamos en estas páginas sin ánimo alguno de resucitar viejos odios y rencores nacionales. Los mártires cristianos son símbolo de reconciliación y de paz. ¡Y mártires auténticos son los de la Cruzada Nacional del 36!

La España democrática, pues, debe abrir sus brazos por igual, y en aras de la ansiada reconciliación nacional, a la verdad histórica de la "zona roja" y de la "zona nacional". Y si recibe con los brazos abiertos a los supervivientes de las célebres Brigadas Internacionales, debería estar dispuesta a hacer lo mismo con los soldados alemanes e italianos que lucharon a favor de la "zona nacional". Esto pide de consuno la justicia, la equidad y la verdadera y auténtica reconciliación nacional. ¿Es esto posible, hoy día, en España? Lo dudamos.

Mientras tanto ahí tenemos a todos los grandes rotativos nacionales destacando como encomiable gesto de reconciliación nacional, la entusiasta recepción tri-

butada a los supervivientes de dichas Brigadas Internacionales en la semana del 4 al 11 de Noviembre de 1996. Se les concedió múltiples homenajes en varias ciudades de España y el título de ciudadanos españoles. Toda la prensa nacional publicó el evento. "De aquellos cuarenta mil voluntarios que formaron las Brigadas Internacionales que lucharon en nuestra guerra civil, sólo quedan unos seiscientos supervivientes y ha sido un gesto que honra al Gobierno el que se les haya otorgado la nacionalidad española. Uno de ellos expresó sus sentimientos diciendo: "es un honor para nosotros y para nuestros muertos. Pero, al margen de ideologías y partidismos, es un gesto que nos honra a todos". (La Vanguardia, 6 Noviembre del 96 pág. 23)

Ese gesto honraría a todos los españoles si la España democrática estuviera dispuesta a hacer lo mismo con los supervivientes soldados alemanes e italianos que lucharon y murieron por defender la España Nacional. La historia, pues, se está escribiendo de una forma sesgada y tendenciosa en la España democrática. Y así no se sirve de verdad a la auténtica reconciliación nacional de los españoles en la verdad y en la justicia.. Si se resucita ahora la guerra de la "zona roja" ¿por qué no resucitar también la guerra de la "zona nacional"? Tiene razón el escritor José M^a Gironella al comentar en su artículo "LAS BRIGADAS INTERNACIONALES" (ABC, 19-11-96 pág.54): " ...Si me decido a escribir estas líneas no ha sido con ánimo de "prolongar", al cabo de los sesenta años, la contienda; simplemente, estimo que es preciso no engañar a las

generaciones jóvenes. Muchos niños, y menos niños, españoles, a raíz de la llegada al poder del PSOE han sido objeto de una propaganda partidista, sesgada, a veces aparatosa, a veces subliminal, a costa de la verdad. Gente de pluma, de cine- "Libertarias"-, de teatro, etcétera, tergiversan los hechos con una frivolidad que me irrita. Franco fue malo(!) ¡pero no el malo de la película! Fueron también malos los "otros", los de "enfrente". Y en 1936 España era un caos, en manos del Frente Popular. La República, como antes dije, había desaparecido virtualmente. Que cada cual cargue con su culpa..."

Esta es nuestra intención y propósito al escribir sobre los mártires de la zona roja durante la Cruzada Nacional del 36.

LA PERSECUCION RELIGIOSA EN LA ZONA ROJA

Nosotros creíamos que hechos históricos como la Guerra Civil Española del 36, con su cortejo terrible y estremecedor de mártires y verdugos, estaban ahí: consumados, asumidos y archivados ad **perpetuam rei memoriam**, en los anales de los pueblos que los protagonizaron. Pero no es así en nuestro caso y condición de españoles. En esta hora de confusionismos ideológicos, de cambios políticos y de entendimientos cristiano-marxistas, sigue planteándose la pregunta: pero bueno ¿hubo o no hubo persecución religiosa en la "zona roja" durante la Guerra Civil del 36? Los 13 obispos, cerca de 8.000 sacerdotes y religiosos y decenas de miles de seglares católicos que murieron gritando **¡Viva Cristo Rey!** ¿Son **muertos** de una Guerra Civil o **mártires** de una Cruzada Nacional? Porque hoy día se cuestiona y polemiza ya sobre cuál fue más sangrienta: si la **persecución blanca** o la **persecución roja**. A esto responde, sin pestañear, Hilario Raguer, monje de Montserrat, en su libro: LA IGLESIA, 1936/ 1939: "Según todos los indicios, la persecución blanca (Zona Nacional) fue más sangrienta que la persecución roja" (Zona Republicana).

Hilario Raguer niega la evidencia de los hechos y confunde la realidad diferenciada de los **muertos** de la represión política-común en ambas zonas en litigio- con los **mártires** de la persecución religiosa, desatada únicamente en la zona roja durante la Guerra Civil del 36. Pero nada extraño es que un simple monje de

Montserrat se desmante históricamente, si políticamente suelen hacerlo con harta frecuencia sus abades, tales como el antifranquista Escarré o el promarxista Casiá Just, testigo de cargo cabeza de lista para pedir al Tribunal Supremo de España la legalización del Partido Comunista Catalán (PSUC), verdugo de la Iglesia Católica en Cataluña. Si el abad baila ¿qué harán los frailes? ¡Nunca más cierto el refrán castellano!

He aquí por qué creemos de vital importancia el salir a la palestra en defensa de la memoria y el sacrificio cruento **por Dios y por España**, de nuestros gloriosos **mártires de la Cruzada Nacional del 36**. Esta es la tesis, la intención y el propósito de nuestros libros: "LA IGLESIA ESPAÑOLA Y EL 18 DE JULIO", "JUAN ROIG DIGGLE, APOSTOL Y MARTIR DE CRISTO" Y "ANTONIO MOLLE LAZO, MARTIR DE LA BOINA ROJA". Investigar el **porqué** y el **paraqué** de esa hecatombe martirial sufrida por la Iglesia Española en la zona roja y a cargo de socialistas, comunistas, anarquistas y separatistas vasco-catalanes, que ahora se presentan al pueblo español vestidos con piel de oveja, paladines de la "reconciliación nacional" y "bomberos" de aquellos siniestros incendios que asolaron 20.000 iglesias católicas en la España republicana. ¿Cuántas iglesias católicas fueron quemadas en la zona nacional, señor Hilari Raguer? (Cfr. CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL).

Ciertamente, la gran tragedia del pueblo español en el 36, fue motivada por la división y el enfrenta-

miento de dos bandos, dos zonas, dos posturas ideológicas antitéticas e irreconciliables que los llevó a una lucha a muerte entre comunistas y fascistas; rojos y nacionales; ateos y creyentes. Y esto, no sólo en la esfera particular de las personas, sino en el plano de las estructuras y en la entera comunidad nacional, bipolarizada en **dos Españas** antagónicas e irreconciliables, protagonistas de la gran epopeya o Cruzada Nacional del 36. Es en este plano superior donde cabe analizar e interpretar el hecho escandaloso, incomprensible y absurdo para unos ojos extraños, incrédulos o superficiales: la **sangrienta persecución religiosa consumada en España republicana**.

Nosotros tratamos de relatarlo en sus colosales dimensiones numéricas; en su increíble y refinada crueldad; en su demoledora y satánica sevicia; en su inmisericorde brutalidad para con las cosas, los símbolos y las personas de nuestra Santa Religión Católica que, los nuevos perseguidores del siglo XX quisieron e intentaron llevar a su total extinción y aniquilamiento. El 4 de Agosto de 1936, Andreu Nin, declaraba en nombre del Partido Obrero Unificado Marxista (POUM): "La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente: no ha dejado en pie ni una siquiera" (EL CORREO CATALAN -Suplemento Semanal Especial Domingo, pág. 2 y 3).

Por su parte, SOLIDARIDAD OBRERA del 15 de Agosto de 1936, afirmaba en su editorial: "Pero hay que arrancar a la Iglesia de cuajo. Para ello es preciso que nos apoderemos de todos sus bienes que por justi-

cia pertenecen al pueblo. Las Ordenes religiosas han de ser disueltas. Los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados". El 20 de Agosto, otro editorial del mismo periódico reincidía en el tema: "Hemos encendido la antorcha, aplicando el fuego purificador a todos los monumentos que, desde siglos, proyectaban su sombra por todos los ángulos de España: las iglesias, y hemos recorrido las campañas purificándolas de la peste religiosa".(Carlos Rojas -**La persecución Religiosa**- EL CORREO CATALAN, 12-II-1978, pág. 2 y 3)

Nosotros, reivindicando la realidad histórica de nuestra Cruzada Nacional -hoy día oculta o tergiversada- damos a conocer las incontables listas de vidas humanas segadas implacablemente bajo el plomo homicida de las patrullas de milicianos y turbas desbocadas, en sus célebres "paseos", "sacas", "checas" y demás inventos de la insaciable crueldad humana. Nosotros destacamos y reconocemos el valor martirial de los testigos de la Fe, miembros ilustres de la Iglesia Mártir Española que, en pleno siglo XX, sabe ofrecer al mundo -¡sin una apostasía!- un martirologio superior al de las grandes persecuciones históricas del primitivo Cristianismo. En **La Iglesia Española y el 18 de Julio**, nosotros demostramos, no con "indicios" sino con "hechos", que la inmensa mayoría de esas muertes fueron consumadas **pro aris et focis**, por Dios y por España.

Ciertamente, en algunos casos, se mezclaban y unían, a la causa principal de su condición religiosa,

sacerdotal y católica, las inevitables adherencias sociales y políticas propias de una cruenta guerra civil. Pero junto a esas concomitancias circunstanciales, estaba siempre, en la intención de los verdugos, el odio a la Religión; y, en la aspiración de las víctimas, dar la vida por su Fe. Todos ellos -víctimas y verdugos- invocaban, en última instancia, a Dios: para bendecirlo o blasfemarle. Lo que aquellos esbirros de la Revolución roja intentaban, consciente o inconscientemente, era **matar la idea metafísica** encarnada en unos hombres y mujeres inermes, desvalidos, pero con una fuerza intrínseca en sus almas, sostenedora de su debilidad, que muchas veces tuvieron que admirar y reconocer sus propios asesinos. **¡Matar la idea, matar a Dios!** y reducir a la nada todos sus símbolos, templos, monumentos, junto con sus servidores y apóstoles.

Este sería el sentido profundo y la aspiración suprema de aquel impresionante "jaque mate" a la Iglesia Católica Española y a cargo del ateísmo militante del Marxismo y la Masonería. Este fue **programado** durante la II República y ejecutado durante la Guerra Civil en la zona roja. A este respecto cabe consignar el satánico gesto de aquellos milicianos rojos apuntando y disparando sus fusiles contra la estatua del Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles -centro geográfico de España-. **¡Fusilar a Dios!** Este sería el sentido plástico y nietscheano, inédito en todas las persecuciones religiosas de la historia. Fusilar a Dios, al Dios de los cristianos, al Dios de la España Nacional Católica. Gesto, por otra parte, repetido en otros mu-

chos lugares de la geografía patria. En la plaza pública de Trévez, pueblecito de Sierranevada -quizá el más alto de la geografía española- fue también fusilada la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. La del Templo Nacional Expiatorio de España en el Tibidabo de Barcelona, fue fundida para balas de cañón. Así tantos y tantos cristos y vírgenes venerables -de valor artístico muchas de ellas-, fueron víctimas de la furia iconoclasta de las turbas revolucionarias.

¿Qué motivos políticos y causas sociales cabe aducir para justificar este odio y execración de todo **lo sagrado** encarnado en las personas y las cosas? En el plano horizontal de las interpretaciones humanas, no hay explicación lógica y convincente. Se preguntan sesudos y preclaros historiadores de nuestra Cruzada Nacional: ¿cómo es que el pueblo español que se ha profesado y sigue profesándose católico en su inmensa mayoría, es el pueblo que con más saña, odio y crueldad, ha perseguido a la Religión Católica en sus símbolos, jerarquías e instituciones? Nosotros diríamos que **precisamente por ser católico** ese pueblo cometió -o mejor-: le hicieron cometer sus mentores y dirigentes políticos ese sacrilegio.

Las guerras carlistas del siglo pasado y las revoluciones sociales del nuestro, tenían y tienen todas ellas un fondo religioso inconfundible. La lucha de España -se quiera o no se quiera- no es tanto por la **existencia** como por la **esencia**. La división de las dos Españas es más bien ideológica que sociológica y política. La lucha sin cuartel por afirmar, negar o defender la "uni-

dad de destino en lo universal” que, para nosotros, no es otro que el **sentido católico** de la vida y la historia. Ese signo inconfundible de una manera de ser, única y distinta, es el que se comenzó a atacar y perseguir ya en el “siglo de las luces” por parte de la Enciclopedia, el ateísmo marxista y el capitalismo liberal. Ya en tiempos de Aranda y Olavide, ministros anticlericales, las cartas de Voltaire, pontífice máximo de la nueva “religión ilustrada”, entusiasmaban a nuestros intelectuales y políticos. Todos se declaraban “devotos incondicionales” de ese santón ateo, ilustrado y anticlerical. En una de esas cartas, Voltaire ataca a nuestro catolicismo nacional con una saña y una furia dignas del mejor piquete revolucionario de nuestra Guerra Civil: “La tiranía frailuna persiste aún. No podéis abrir vuestros espíritus sino a algunos amigos en número reducido. No os atrevéis a decir al oído cortesano, lo que un inglés diría en pleno parlamento (...) Ha causado (la Religión) más perjuicios al género humano que los Atilas y Tamerlanes. Ha degradado la naturaleza; ha convertido en hipócritas infames a quienes hubieran podido ser héroes; ha engordado a los frailes y a los sacerdotes con la sangre de los pueblos(...). Es el colmo de la estupidez el que los soberanos consideren la Religión Católica como el sostén de los tronos; casi no ha servido de otra cosa que para

derribarlos. Inglaterra y Prusia sólo han sido poderosas al sacudir el yugo de Roma”.

Pero España -cabría arguir a Voltaire y a todos sus “ilustrados” admiradores- sólo fue grande cuando la **luz de Roma** iluminaba sus destinos. Es esta grandeza histórica de España “martillo de herejes, luz de Trento”, evangelizadora del Orbe, la que el Protestantismo, la Masonería y el Marxismo no nos perdonan. El pueblo español es el último pueblo católico del mundo que, por tal, se batió en buena lid llevando a cabo la última guerra de religión del Occidente Cristiano. Es ésta la verdad que hoy día se quiere negar, ocultar y condenar al silencio y al ostracismo en aras de una “reconciliación nacional” de mala ley y peores intenciones. “Una guerra civil -afirma Santiago Carrillo- es una cosa siempre terrible y en la nuestra hubo represión y hubo crímenes en ambos lados” (REVISTA GUADIANA, 20 de Julio 1976). Cierto. Pero tan sólo en la zona roja hubo persecución religiosa y quema y destrucción de 20.000 iglesias y conventos católicos. ¿Qué lista podría aducir con verdad y honestidad, Hilario Ragner, monje de Montserrat, sobre los mártires y quema de iglesias y conventos en la zona nacional? Es ésta la realidad histórica que molesta a los consensuados y reconciliadores cristiano-marxistas. Y ésta la consigna de las internacionales masónica, liberal y democristiana: ocultar los mártires de la Cruzada Nacional para convertirlos en muertos de una Guerra Civil entre hermanos. Si no hubo **mártires**, no hubo **persecución religiosa**. Y si no hubo persecución religiosa ¿quién podrá tirar la primera piedra sobre las responsabilidades históricas de aquella lucha fratricida? De ahí la inquina y

desazón de los políticos y clérigos del “consenso democrático” frente a la decisión de su Santidad el Papa Juan Pablo II, levantando la suspensión de la causa de beatificación de nuestros mártires de la Cruzada Nacional. (Juan Pablo II toma esta decisión en la visita **ad limina** de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo. -EL ALCAZAR, 23-XI-1982).

Dicha suspensión fue impuesta por Pablo VI a requerimiento del cardenal Albareda, monje de Montserrat, aduciendo ciertos “motivos políticos” oportunistas e injustos: “No se pueden paralizar unos procesos por ciertos motivos o pretextos políticos que ya en tiempo de los romanos se alegaban contra ellos” (los mártires cristianos). Contra este parecer de Juan Pablo II se alzan ciertos obispos vasco-catalanes injustamente y para desprestigiar a la España Católica de Francisco Franco. (Cfr. Albert Manent, LA VANGUARDIA del 25-X-1992). Estos señores obispos son los que ahora quieren promover la causa de “beatificación” de los 14 **curas-gударis** vascos para equilibrar la balanza de los mártires de la zona roja y la zona nacional. ¡Vivir para ver y constatar esta aberración histórica monstruosa que intenta igualar al que muere por Cristo con el que muere por Marx o por su raza! ¡Hasta ahí podíamos llegar! Hasta la idolatría de la religión y la sangre por parte de los actuales dirigentes de Euzkadi: religiosos y políticos. Ahí tenemos al excusa Javier Arzallus, Presidente del Partido Nacionalista Vasco vanagloriándose de su RH negativo emulando la arrogancia de un Hitler y presentándose como el nuevo

Führer para Euzkadi. (Cfr. ABC del 1-II-1993: “**Racismo sin tapujos**” y “**El RH como factor histórico**”.

A este respecto en el ABC del 26 de Octubre de 1992, pág. 57, aparecía este suelto interesante y significativo por demás: “Desde la beatificación de las tres monjas carmelitas de Guadalajara, asesinadas durante la Guerra Civil Española, son ya ciento sesenta y seis los mártires beatificados entre sacerdotes, religiosos y religiosas. En este momento se encuentran en estado muy avanzado las causas de otros ciento veinte mártires que **dieron también sus vidas como testimonio de su Fe**(¡ !). Dentro de estos ciento veinte tienen una significación especial las causas de doce sacerdotes que fueron asesinados (?) por las fuerzas nacionales. La causa de beatificación de estos sacerdotes ha sido presentada por los propios obispos vascos”.

La noticia y su comentario se explican y condenan por sí mismos frente a una auténtica conciencia católica y española. En la zona roja, los sacerdotes morían gritando “¡**Viva Cristo Rey!**”; en la zona nacional, los **curas-gударis** morían gritando: “¡**Gora Euzkadi askatuta!**, que no es lo mismo a efectos de una posible beatificación.

DENUNCIA DE LA PERSECUCION RELIGIOSA EN LA ZONA ROJA

Contra el interés de los políticos del **cambio** democrático español y el parecer de la Iglesia del “consenso” cristiano-marxista, su Santidad el Papa Juan Pablo II se decidió a pronunciar su **nihil obstat** al Proceso de Beatificación de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36, en el 1982.

Este valiente gesto del Papa, **mártir vivo** del mismo enemigo: el Comunismo, viene a reconocer como sus antecesores, los papas Pío XI y Pío XII, que hubo persecución religiosa en la zona roja de la II República Española y que hay que exaltar la memoria y el heroísmo cristianos de los mártires habidos en la misma.

Esto es lo que se quería evitar a toda costa por parte de los interesados “reconciliadores nacionales” como Carrillo, la Pasionaria, el Abad de Montserrat: Mosén Casiá Just y el cardenal Tarancón, a una con la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes del 1971 que, injustamente, quisieron cargar la responsabilidad histórica del enfrentamiento de las dos Españas al **régimen de Cristiandad** del pueblo español. Esto es a lo que apuntan las palabras del entonces Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Cardenal Tarancón: “El régimen que algunos han llamado de “cristiandad” y la realidad española que fundó su unidad principalmente en el Catolicismo, era lo que antes nos unía a todos los hombres y pueblos de España”.

Y esa **unidad católica**, -según el parecer del señor cardenal de la Iglesia Progresista Española- fue el origen y **justificado** detonante del feroz anticlericalismo español: “Todos actuábamos entonces convencidos de que esa conducta estaba inspirada por la Fe y por un auténtico patriotismo -sigue pontificando el “Cardenal del Cambio”-. Aunque la verdad es que ese modo de proceder ayudó no poco a la consolidación de la división entre los españoles, creando el **mito** de las dos Españas, y consiguió que las reacciones que hoy llamaríamos “contestatarias” contra un orden político determinado, o contra una realidad social, se convirtiesen casi espontáneamente en conflictivos graves contra la Iglesia; y se crease ese anticlericalismo feroz que ha sido, hasta hace pocos años, el distintivo -y hasta aglutinante- de cuantos se levantaron contra el orden político o el orden social establecido”.

Contra esta interpretación errónea, mendaz e injusta de nuestra Cruzada Nacional del 36, se alzó, a su debido tiempo, y al calor de los acontecimientos, la voz autorizada del Cardenal Segura, el Cardenal Gomá, el Cardenal Pla y Deniel, y la Conferencia Episcopal Española en pleno -menos el cardenal Vidal y Barraquer y el Obispo Mújica- desenmascarando tamaño infundio y desafuero contra la realidad histórica española. Ese **régimen de cristiandad** y ese Catolicismo Nacional o Nacional Catolicismo español, ciertamente que llevó al enfrentamiento entre los españoles, pero no por culpa de los católicos, sino del feroz **anticlericalismo marxista** que el cardenal Tarancón quiere justificar,

atentando contra la verdad histórica y el testimonio elocuente y colectivo de sus hermanos en el Episcopado. En la célebre **Carta Colectiva del Episcopado Español**, decían éstos en el 1937: "Si hoy colectivamente formulamos nuestro veredicto en la cuestión complejísima de la guerra de España, es, primero, porque, aún cuando la guerra fuese de carácter político o social, ha sido tan grave la repercusión de orden religioso, y ha aparecido tan claro desde sus comienzos que una de las dos partes beligerantes iba a la **eliminación de la Religión Católica en España**, que nosotros, los obispos católicos, no podíamos inhibirnos sin dejar abandonados los intereses de Nuestro Señor Jesucristo, y sin incurrir en el tremendo apelativo de **canes muti** con que el profeta censura a quienes, debiendo hablar, callan ante la injusticia". (CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL. -**Por Dios y por España**, 1936-1939- Editorial Casulleras- Barcelona, 1940, pág. 565)

En defensa de los intereses de Nuestro Señor Jesucristo en España; de la Iglesia Mártir de España; y condenando el silencio culpable de esos **perros mudos** de la Iglesia Progresista Española, su Santidad el Papa Juan Pablo II no tiene miedo en proclamar, **urbi et orbi**, la verdad histórica incuestionable: **hubo mártires y verdugos; no en la zona nacional, sino en la zona roja de la II República Española que desató una persecución religiosa "excepcional en la historia."** Esta buscaba "la destrucción de la Iglesia como institución social", según confesión propia de "La Batalla",

órgano oficial del Partido Obrero Unificado Marxista (POUM) el 19 de Julio de 1936.

Por su parte, Juan Peiró, en "**Perill a Reraguarda**" -colección de artículos dados a la luz en Mataró, 1936- afirmaba tajante y expeditivo: "El anatema general contra los mosqueteros con sotana y los requetés engendrados a la sombra de los confesionarios, fue tomado al pie de la letra: que se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos **únicamente porque lo eran**. La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia. Matar a Dios si existiese, al calor de la revolución, cuando el pueblo, inflamado por el odio justo, se desborda, es una medida muy natural y humana". (Cfr. **Historia de la persecución Religiosa en España**, 1936-1939 de Antonio Montero. Nota 9, pág. 56, citando a Joan Peyró, **Perill a la Reraguarda**.-Colección de Artículos (Mataró, 1936, pág. 41 y 56).

Ni hecho de encargo hubiéramos hallado un texto tan clarificador del carácter martirial que tuvieron las muertes de las víctimas del odio marxista en la zona roja. A confesión de parte tan cualificada, no cabe duda alguna de que, por parte de los verdugos, fueron muertos **in odium fidei**: "se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran". Por eso son auténticos mártires de Cristo, ya que todos ellos, explícita o implícitamente, murieron perdonando a sus enemigos.

HUBO MARTIRES EN LA GUERRA CIVIL DEL 36

Las víctimas, pues, de la persecución **roja** y no de la persecución **blanca**, son las que pueden subir al honor de los altares, ya que murieron por Cristo y por odio a la Fe Católica que profesaban. Esta verdad fue reconocida ya por el Papa Pío XI en su **Alocución a 500 españoles** el 14 de Septiembre de 1936: "Son verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra".

Corroboraría esta realidad su Santidad el Papa Pío XII: "Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de uno y otro sexo, y fieles de todas las edades y condiciones que, en tan elevado número han sellado, con su sangre, su Fe en Jesucristo y su amor a la Religión Católica. No hay mayor prueba de amor". (Jn. 15, 13) (Separata de Iglesia-Mundo n° 183-2ª Quincena de Octubre de 1983, XVI).

Este testimonio papal venía avalado por el juicio tajante del Episcopado Español en su citada Carta Colectiva: "...Enjuiciando los excesos de la revolución comunista española, afirmamos que, en la historia de los pueblos occidentales, no se conoce un fenómeno igual de vesania colectiva, ni un cúmulo semejante, producido en pocas semanas, de atentados contra los derechos fundamentales de Dios, de la sociedad y de la persona humana. Ni sería fácil, recogiendo los hechos análogos y ajustando sus trazos característicos para la composición de figuras de crimen, hallar en la historia

una época o un pueblo que pudieran ofrecerlos tales y tantas aberraciones. "**Hacemos historia** -afirman los señores obispos españoles-, y **afirmaciones** "que derivan de los hechos plenamente comprobados" (Cfr. **Carta Colectiva**, n° 6 pág. 574. En la obra "POR DIOS Y POR ESPAÑA" -Ed. Casulleras-Barcelona 1940).

En base a esos hechos **plenamente comprobados**, no dudan en afirmar y definir a la persecución religiosa de la zona roja como **premeditada, cruelísima, inhumana, bárbara, antiespañola y anticristiana**. Aluden también a la definición que de la misma hizo su Santidad el Papa Pío XI en su encíclica sobre el Comunismo ateo: "Una destrucción tan espantosa, llevada a cabo en España con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiese creído posible en nuestro siglo" (Cfr. **Carta Colectiva**, n° 6).

Es lo que viene a demostrar, hasta la saciedad, el apartado **Antología del crimen** consignado en nuestro libro: "**La Iglesia Española y el 18 de Julio**" (Ed. Acervo, 1977). Aquí y ahora, vamos a traer a colación un pequeño racimo de testimonios martiriales a cual más significativos y aleccionadores. No sólo de sacerdotes y religiosos sino de seglares que en nada desmerecen el heroísmo y santidad de los primeros. ¡Hasta de niños que mueren acribillados a balazos por llevar un pedazo de pan a unos sacerdotes barceloneses, perseguidos como alimañas por su condición de tales! El caso nos lo relató a nosotros, personalmente, el prestigioso empresario catalán don Delmiro de Caralt, buen católico y gran artista en el campo del Cine, fundador

de la **Biblioteca del Cinema** afincada en Barcelona. Los jovencitos Manuel y Antonio Feliu van por las calles de Barcelona con un paquete de comida en la mano. Son interceptados por una patrulla de milicianos. Sospechan y adivinan las intenciones de los muchachitos:

- ¡Vais a llevar comida a sacerdotes y fascistas escondidos! Decidnos quiénes y dónde se encuentran y no os haremos nada.

Los jovencitos se niegan. Sin más ni más, Manuel y Antonio son conducidos al "revol" de la paella" en la carretera de Barcelona a Vallvidriera y allí son asesinados fríamente, despiadadamente, sin miramiento alguno a su condición de criaturas indefensas y menores de edad. ¡Y todo por llevar un pedazo de pan a los "curas" y "fascistas" escondidos!

También estos son auténticos mártires de Cristo, anónimos y desconocidos. ¡Dieron su vida, como los Santos Inocentes, porque eran amigos de los "curas", que para los rojos era un delito imperdonable..!

El mismo testigo nos narra este otro episodio no menos aleccionador: en el pueblo de Navarclés (Barcelona), se presenta la cuadrilla de matones de turno: "¡Hay que hacer una purga de los católicos más significativos!" -grita el jefe del Comité del pueblo-. Se presentan en la fábrica del señor Delmiro de Carat. Preguntan a los trabajadores sobre los elementos más cualificados de la empresa que sean católicos. Los trabajadores consultados responden con evasivas. Los esbirros saben que en dicha fábrica, y en el pueblo, hay bastantes suscriptores del periódico "El Mati". Se ha-

cen con la lista y a todos los eliminan... ¡por estar suscritos a un periódico de derechas!

En un pueblecito de la Plana de Vich, es apresado el párroco del lugar. La patrulla de milicianos le apresa e interroga sobre su condición de sacerdote:

- ¿Eres sacerdote?
- Si. Soy sacerdote.
- ¡Eso nos basta!

Lo llevan al lugar del martirio. Antes de ser fusilado, el sacerdote les pide unos instantes para orar, arrojado en tierra. El gesto del sacerdote impresiona a uno de los matones:

- ¿Qué pides en tu oración?
- ¡Pido a Dios la salvación de un alma!
- ¡La mía! -responde un joven miliciano que tira el arma al suelo y se une, en el martirio, al sacerdote-.

¡Hermoso gesto de apostolado sacerdotal que nos recuerda a Cristo en el Calvario, salvando, **in extremis**, al buen ladrón!

Francisco Castelló Aleu, fejecista catalán. Convicto y confeso de su catolicismo militante, es condenado a muerte por un tribunal popular de Lérida en septiembre de 1936. A la pregunta del fiscal: -¿Eres católico?, contestó tajante el joven: ¡Sí, soy católico! El presidente del tribunal le dijo que podía defenderse contra la pena de muerte que se le imponía. El contestó: -¡No hace falta! ¿Para qué? Si el ser católico es un delito, acepto muy gustoso el ser delincuente, pues la felicidad más grande que puede encontrar el hombre en este

mundo es morir por Cristo. Y si mil vidas tuviera, las daría sin dudar un solo momento por esta causa. Así que os agradezco la posibilidad que me ofrecéis para asegurar mi salvación”.

El informe diocesano de Tortosa (Tarragona) nos transmite la confesión de Fe de Don Manuel Canalda Gil, digna de los más ilustres mártires del primitivo cristianismo.

- ¿Qué eres tú?
- Cristiano y católico -contestó el interrogado-.
- Pero ¿eres carlista o fascista?
- Soy cristiano y católico.
- ¿Ya sabes a lo que te expones confesándote cristiano?
- ¡Lo sé, pero no debo, ni puedo, ni quiero negar mis sentimientos!

Este fue su delito y la causa de su muerte.

Por esta misma confesión de Fe fue llevado al paredón, y murió como católico, aquel obrero de encallecidas manos. Juan Ramón. El detalle de sus manos callosas y trabajadoras, le llamó la atención al jefecillo rojo que había de fusilarlo sin piedad:

- Tú no eres como éstos -dijo señalando a un grupo de “burgueses” condenados a muerte como él- Teniendo tus manos encallecidas, ¿No te da vergüenza ser católico?
- ¡Es mi mayor honra!
- Una sola palabra te va a salvar. Dime que no eres católico, que no crees en esas beaterías y te

dejaré ir.

- ¡Soy católico!
- Si lo repites, te vaciaré la pistola en la cabeza.
- ¡Soy católico!

El cabecilla rojo le propinó dos disparos a bocajarro. Cayó fulminado al suelo al grito de: **¡Viva Cristo Rey!**

Con este mismo grito sagrado en los labios murieron aquellas tres religiosas carmelitas, cuyo proceso de Beatificación fue el primero en llevarse a feliz término. María Angeles de San José, Teresa del Niño Jesús y María del Pilar de San Francisco de Borja huían por la calle aquella calurosa tarde de Julio (1936) en busca de un refugio. Un grupo de milicianos y milicianas se topan con ellas. Una harpía roja grita a sus compañeros:

- ¡Disparad, son monjas!

La Hermana María Angeles y María del Pilar caen al suelo acibilladas a balazos. María del Pilar, aún con vida, es llevada al Dispensario de la Cruz Roja cercano al lugar del martirio. Un miliciano que lo ve, vuelve a gritar: -¡Asesínadla, es una monja! A los pocos minutos, María del Pilar fallecía en una cama del Dispensario de la Cruz Roja. La Hermana Teresa del Niño Jesús logra huir y trata de refugiarse en el Hotel Palace. Unos milicianos que están a la puerta le impiden el paso. Uno de ellos le toma del brazo y le dice: -¡No tengas miedo, te llevaré a donde no pasará nada. Le conduce al cementerio. Allí trata de violarla. María Teresa se resiste. Llegan, entre tanto, los milicianos, sus perseguidores. Intentan en vano a que grite: -¡Viva Azaña!

¡Viva el Comunismo! A cambio de su libertad. La Hermana María Teresa se niega en redondo y trata de huir con los brazos en cruz gritando: ¡Viva Cristo Rey!. Allí mismo cayó acribillada a balazos.

Con el grito sagrado de ¡Viva Cristo Rey! fueron alegres al suplicio aquellos jóvenes claretianos de Barbastro: "**Christe, morituri te salutant!**" Cristo, los que van a morir te saludan -dejaron escrito en las celdas de su última prisión-.

Morir por Cristo y por ser cristianos: este era el ideal supremo de aquellos mártires y la finalidad última de sus verdugos: matarlos por creer en Cristo, por ser cristianos. Ese era el verdadero afán de aquel anticlericalismo feroz de los intelectuales ilustrados del siglo XIX; de los masones del 31 y de los matones del 36: matar a Dios, destruir la Iglesia y arrancar de cuajo el catolicismo nacional español. Catolicismo que ahora es marginado y escarnecido en cualificadas esferas de la Iglesia progresista, arrodillada a los pies de sus antiguos perseguidores y acérrimos enemigos para pedirles perdón por la valentía y el heroísmo desplegados a lo largo de siglo y medio de historia patria, luchando en defensa de ese tesoro inapreciable de la **Unidad Católica de España**. Esta es la madre del cordero y el origen recóndito de la despiadada inquina desatada contra España. Odio e inquina que siempre se han fraguado en los templos y antros de la escuadra y el compás. Como dato significativo, queremos traer a colación el hecho sucedido en el pueblo de Motizón (Jaén) durante la Cruzada Nacional. En el trazado de

dicha población se integraban tres iglesias, ninguna de las cuales escapó a la devastación roja. La única que resultó indemne, intacta, fue la capilla protestante, que en este pueblo existía desde antiguo. Parece nimio el detalle. Para nosotros contiene un significado muy profundo y esclarecedor. Ni los protestantes, ni la iglesia de los protestantes, parecían inquietar a los desalmados iconoclastas de Motizón. Tampoco la Iglesia rojoseparatista de Euskadi. La que irritaba y estorbaba de verdad, y a la que había que eliminar a toda costa, era la Iglesia Católica Española. Esta es la verdad histórica y la causa real de la persecución religiosa desatada en la zona roja de la II República Española. Y éste, a su vez, el origen, el secreto y la motivación última del tan traído y llevado anticlericalismo español. El de ayer y el de hoy. El del Socialismo marxista del 36 y el del Socialismo marxista de hoy: "Socialismo de rostro humano" y "Socialismo en libertad" al que sirven rendidamente los "tontos útiles" y "compañeros de viaje" de nuestro catolicismo progresista actual.

Piensan muchos de ellos que La **Traca** de Valencia es impensable en nuestros días. En vísperas del trágico 36, esta desvergonzada revista sometía a sus lectores esta encuesta y pregunta: "¿Qué haría usted con la gente de sotana?" Una de las 346 respuestas fue la siguiente: "Ahorcar a los frailes con las tripas de los curas" ¡Imposible e impensable hoy día en España! Tal vez esto sea imposible porque, entre otras razones, la "gente de sotana" brilla por su ausencia en nuestras calles y aún en nuestros templos. Pero todo hay que decirlo con fir-

meza y claridad: la sentencia de muerte no es contra la sotana del cura sino contra la ideología del sacerdote católico. Contra esta diana iban los tiros físicos de ayer y los tiros dialécticos de hoy.

Cierto. La Revolución marxista aprendió la lección del 36. Tal vez ahora -y a corto plazo- no se trataría de hacer "mártires" sino "apóstatas"; no van a **matar** los cuerpos sino a **asesinar** las almas, minando la moral y la religiosidad del pueblo español con la legalización de la droga, el desmadre del sexo, la inmoralidad pública promovida desde las esferas mismas del poder y la demolición de la familia cristiana con el divorcio, el aborto y el laicismo de Estado, asumido por la Constitución del 78 y bendecido y enseñado en el catecismo mismo de la Iglesia progresista española. Esto se enseña en **Religión Básica**, texto para cuarto curso de EGB para niños de 9 y 10 años, editado por PPC y aprobado por el Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza, Excmo. y Rvdmo. don Elías Yanes, con el **nihil obstat** del doctor Lamberto de Echeverría y el **imprimatur** del Vicario General de Salamanca, don Juan Manuel Sánchez Gómez.

La Revolución en la sombra, y la Revolución en el poder no han renunciado jamás a sus objetivos finales: la implantación totalitaria de una cultura atea, materialista y anticatólica a través de una enseñanza neutra, única y estatal. "Nosotros debemos gobernar como si Dios no existiera" dijo en su día el ex-cura y socialista Virgilio Zapatero. "Porque tenemos un Estado agnóstico y un Partido ateo, lo cual no deja de ser una blasfe-

mia como dijo Hugo Brocio" -añadió por toda exculpación-.

A esto aspiran y a esto van: al poder a través de la cultura como proponía el comunista Gramsci. Y si preciso fuera, se eliminaría a la Iglesia Católica de la vida, de la historia y de la sociedad. Con sotana o sin sotana, tal vez a todos nos aguarda la suerte propugnada, defendida y programada por el Partido Comunista Español. En sus "**Mandos e Instrucciones del Partido Comunista**", pág. 25 se refiere a lo que se debe hacer con el clero, una vez cumplida su misión de "aplantar al capitalismo" por medio de la demagogia. Textualmente afirma: "La consigna es que no ha de quedar un sólo cura con vida(...). Esta vez no hemos de caer en la ingenuidad anterior y no hemos de dejar a retaguardia una sola víbora que pueda mordernos en lo sucesivo". (EL ALCAZAR, 27 de Septiembre de 1977, pág. 6). Esta sería la "solución final" al problema de la Iglesia Católica en España. Claro está que esta consigna no figura en el programa electoral de Izquierda Unida, heredera del PCE marxista-leninista. Pero todo se andará con la ayuda de Marx y de los "tontos útiles" del catolicismo postconciliar español.

PROHIBIDOS LOS MARTIRES DE LA CRUZADA NACIONAL

Los gloriosos Mártires de la Cruzada Nacional del 36 han tenido que sufrir, después del martirio de sangre, el martirio del silencio, la marginación y el olvido pro **bono pacis** y a mayor gloria de sus antiguos asesinos. Esta es la triste realidad que nos viene a denunciar el prestigioso historiador don Ricardo de la Cierva. En un artículo titulado: "**Se prohíben los mártires**" (YA, 17 de Febrero de 1985) decía textualmente: "...La historia de la República y de la guerra civil que se nos impone a toda presión (y que se filtra incluso en las enseñanzas de algunos colegios católicos) es propaganda del revanchismo, pero se presenta como una historia **liberal** y democrática. Pero de los mil ejemplos que cabría seleccionar, hay un dogma del discurso cultural dominante que nos parece particularmente odioso: se prohíben los mártires de la Iglesia española contemporánea sobre los que se insinúa, con ignorancia absoluta, incluso el sarcasmo.

"La **Cruzada** no fue una aberración de los años treinta; fue simplemente la respuesta a la **persecución**. Claro que hubo, en los dos bandos de nuestra guerra civil, miles de personas que murieron por su ideal. Claro que sólo puede abordarse su recuerdo desde la paz, la piedad y el perdón. Pero no cabe mayor injusticia que negar a quienes dieron la vida por su Fe, el reconocimiento de su sacrificio. Hubo en la trama del conflicto, turbias sinrazones humanas. Pero en miles y miles de casos hubo, sin duda, testimonio y martirio. Recono-

www.1936-1939.com

cerlo y proclamarlo no es condenar a los verdugos, a quienes ellos, los mártires, perdonaron siempre. Todos fallamos entonces como sociedad; pero ellos nos redimieron -a todos- con su sangre. Proclamar a nuestros mártires no es rechazar la reconciliación sino buscar, en esa sangre purificada por el amor y la muerte, la semilla de la reconciliación. **Nadie nos puede prohibir los mártires**. Quien entre nosotros, y desde su misma Fe, reniega de ellos, los somete a un segundo martirio, y comete un crimen abyecto de cobardía moral, que los verdugos, si quedan, serán los primeros en despreciar. Negar nuestros mártires es un anacronismo; prohibirlos puede ser mala conciencia, y va directamente contra nuestra propia fe, que ellos enraizaron".

Frente a la postura clara, valiente y decidida de este historiador, ¿cuál es la de ciertos clérigos y aún Obispos como D. Gabino Díaz Merchán, Presidente que fuera de la Conferencia Episcopal Española? Oigámoslo retratado en la "**Crónica de la Cruz y la Rosa**", del periodista Abel Hernández: "Al mencionar a los "obispos de la guerra", el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Gabino Díaz Merchán comentó al Papa en la distendida conversación de sobremesa (celebrada con motivo de su presencia en el Sínodo de 1983 en Roma): "Yo tenía diez años cuando la guerra civil; mal podía tomar parte en ella". Y añadió: «A mí me mataron a mi padre y a mi madre, y haría usted mal en beatificarlos, porque entonces no podría yo volver a mi pueblo de Toledo, donde todos". (**Crónica de la Cruz y la Rosa**" De. Argos-Vergara SA., 1984, pág.121)

Si estas palabras son auténticas, cabe preguntarse con razón: ¿Qué tendrá que ver la beatificación de los mártires con la **amistad** de los paisanos del señor obispo? Si los padres de don Gabino Díaz Merchán fueron auténticos mártires de Cristo, sería monstruoso que su hijo, obispo y sacerdote, renegara de su sangre martirial y les negara este reconocimiento por temor a perder la amistad de los verdugos de ayer o de los vecinos de hoy. **Amicus Plato, sed magis amica veritas!** La Religión y la piedad cristiana piden de consuno, la reivindicación de la verdad por encima de Platón y, mucho más, de los verdugos de antaño.

Hay que decirlo y denunciarlo con claridad y valentía: la Iglesia Jerárquica Española ha querido seguir la línea del "consenso" a toda costa con los antiguos perseguidores que trataron de aniquilarla por completo. La actitud de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes del año 1971, pidiendo públicamente **perdón** a los asesinos de ayer por el derroche de heroísmo martirial de trece Obispos, cerca de ocho mil sacerdotes y religiosos y ochenta mil seglares católicos, sólo cabe en mentes esclavas de entenebrecida ignorancia o descarado fanatismo.

En la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes se trató de aprobar, como conclusión de la asamblea, la propuesta nº 34 de la Primera Ponencia que decía así: "34.- "Si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su palabra ya no está en nosotros" (Jn.1, 10). Así, pues, reconocemos humildemente y pedimos perdón porque nosotros no supimos a su tiempo

ser verdaderos "ministros de reconciliación" en el seno de nuestro pueblo, dividido por una guerra entre hermanos."

Dicha conclusión, en primera votación, obtuvo 137 votos afirmativos y 78 negativos. No habiendo obtenido la mayoría necesaria fue sometida a votación con el texto siguiente: «34. - «Si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su palabra ya no está en nosotros" (Jn.1,10). Así, pues, reconocemos humildemente y pedimos perdón porque no siempre supimos ser verdaderos "ministros de reconciliación" en el seno de nuestro pueblo, dividido por una guerra entre hermanos".

Esta segunda conclusión obtuvo por votación 123 votos afirmativos y 113 votos negativos. No habiendo obtenido la mayoría de votos afirmativos necesarios no pasó a ser conclusión definitiva de la Asamblea. Pero el intento de un numeroso grupo de asambleístas ahí quedaba como baldón para la Iglesia democrática frente a la Iglesia Mártir de la Cruzada.

Si esto se llegó a decir y pedir en la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes, nada de extraño es que un Santiago Alvarez, renombrado dirigente comunista, se atreviera a pedir otro tanto públicamente y en Televisión Española. Lo hizo en un programa de Informe Semanal. Sin rubor alguno y con voluntad expresa, pidió a la Iglesia Católica que si canonizaba a los **mártires** de la zona roja, tenía que canonizar también a los **mue**rtos de la zona nacional. Tal atrevida petición está en la línea ideológica de un comunista como Santiago

Alvarez, pero para un católico de verdad ¿cómo es posible igualar la verdad y la mentira; el bien y el mal; el heroísmo y la crueldad; la muerte de Cristo y la de Marx? ¿Qué tiene que ver Cristo con satanás? -apostrofa duramente el Apóstol San Pablo-

Esta es la pretensión y el pecado de una Iglesia empeñada en la **reconciliación** y la **igualdad** a toda costa. ¡Ahí tenemos a los señores Obispos vascos exigiendo igualdad y equidad en las canonizaciones de la zona roja y la zona nacional! No le falta razón al historiador Ricardo de La Cierva al decir que este **segundo martirio** infligido a nuestros gloriosos mártires de la Cruzada Nacional del 36, es mucho más cruel, injusto y vergonzoso que aquél que les infligieron los verdugos marxistas.

Con todo, la verdad histórica se va abriendo paso forzosa e inevitablemente. Se lo advirtió con tino Don Quijote a Sancho: "La verdad, Sancho, es como la espuma, tarde o temprano termina por salir a flote". A Dios gracias, la verdad y la hora de nuestros mártires ha sonado en el reloj de la historia. Y el instrumento providencial ha sido Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Resulta, pues, sospechosa e incomprensible la frase que Abel Hernández pone en boca del Papa, dirigida -según él- a los cuatro obispos españoles asistentes al Sínodo de Roma en el 1983. Haciendo referencia a la iniciativa del Cardenal Palazzini reiniciando el proceso de los mártires de la Cruzada, escribe en su libro "**Crónica de la Cruz y la Rosa**": "Juan Pablo dio a entender, en este almuerzo, a los cuatro obispos espa-

ñoles, que él desconocía esta iniciativa (la del Cardenal Palazzini) y añadió: "Creo que tendrá que pasar un siglo antes de que los mártires de la guerra española sean elevados a los altares" (Abel Hernández, **Crónica de la Cruz y la Rosa**, pág. 122).

La respuesta auténtica de Juan Pablo II a esta falsedad manifiesta la tenemos en la Beatificación de las tres carmelitas (29-III-87); los mártires de Turón (29-IV-87) y los mártires de San Juan de Dios y los claretianos de Barbastro (25-X-92). ¡Y los que vienen detrás, que son legión! ¿Cómo había de desconocer el Papa la "iniciativa" del Cardenal Palazzini, si él es su principal promotor? Y ¿cómo van a ser ciertas las palabras puestas en boca de Juan Pablo II por el deslenguado periodista Abel Hernández, si fue el primero en decir a los obispos de la Archidiócesis de Toledo: «Hemos de hacer algo para promover su glorificación» (la de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36)?

El mismo Papa, y contra la "suspensión" impuesta por Pablo VI, y por motivos políticos, declaró en su día: "...No se pueden paralizar unos procesos, injustamente, por ciertos motivos o pretextos políticos que ya en tiempo de los romanos se alegaban contra ellos" (El Alcázar, 23-XI-1982).

Vemos, pues, que esa pretendida oposición a nuestros mártires no está en Roma sino en España. En el programa religioso de Televisión Española "**Últimas preguntas**" (Lunes, 25 de Marzo de 1985), el teólogo Alvarez Bolado defendía esta peregrina tesis con respecto a los Mártires de la Cruzada Nacional del 36:

"O todos a los altares, o todos a la hoguera". Más aún: según parecer del obispo de Seo de Urgel en aquél entonces, Monseñor Alanis, la Iglesia Española debería pedir perdón por la actitud de la Iglesia Mártir del 36, porque con su **Carta Colectiva** unos; y la **represión política** otros, los católicos españoles fueron auténticos culpables de la persecución religiosa de "ellos" (los rojos), que "también nos querían de su parte"- afirmó textualmente Monseñor Alanis- ¡Asombrosa e inaudita la candidez del señor obispo y fariseísmo retorcido el del teólogo Alvarez Bolado! ¡Los rojos querían a los curas, sí, pero pudriendo malvas en los cementerios! ¿Que la **Carta Colectiva** del Episcopado Español en el 37; y la **represión política** de la España Nacional del 39 son los auténticos culpables de los crímenes del 36 cometidos en la **zona roja**? ¡Esto es pecar contra la ley del tiempo, de la lógica y de la verdad histórica, reconocida, mal que les pese, por los responsables máximos de la II República! La Carta Colectiva del Episcopado Español y la represión política franquista no son causa sino efecto de la **persecución religiosa** consumada con antelación. Los crímenes de la Humanidad cometidos en la zona roja el 1936, están ahí: con la rotundidad de los hechos frente a las elucubraciones de ciertos obispos y teólogos españoles, interesadas y fanáticas. ¡Porque hace falta tener descaro, ignorancia o malicia- ¿o las tres cosas a la vez? -para afirmar que los católicos de la Zona Nacional son los auténticos culpables de la persecución religiosa de la zona roja. Eso es acogerse a las "razones del lobo" para justificar

la muerte del inocente corderillo -según cuenta la fábula-.

Los asesinatos de curas, frailes y monjas, y la quema y destrucción de 20.000 iglesias, son la causa y la razón de ser de la **Carta Colectiva** y la **represión política** subsiguiente a la derrota del Comunismo Internacional que cometió el **genocidio** de la Iglesia Católica Española. La Carta Colectiva del Episcopado Español denunció el hecho y la autoridad franquista, legal y legítima, aplicó la sanción correspondiente al crimen de lesa Humanidad cometido por los rojos. ¿Se atrevería el obispo Alanis a reprobar al Tribunal de Nüremberg por condenar y ejecutar a los "criminales de guerra" nacis? Las supuestas culpabilidades de los católicos españoles anteriores a la Guerra Civil es otra historia, como lo es el determinar la culpabilidad de la misma. Ahí está el libro de Gil Robles: "**Fue imposible la paz**". "La mejor respuesta dada a este colosal tinglado de patrañas, "reconciliaciones" y "consensos" cristiano-marxistas, la vino a dar el religioso claretiano P. Oliver al responder al atrevido y "consensuado" teólogo Alvarez Bolado que comentamos: "La verdad no la fusila nadie". La verdad histórica de la persecución religiosa en España es ésta y está ahí **ad perpetuam rei memoriam**: los esbirros rojos asesinaron a 13 obispos, 8.000 sacerdotes y religiosos y decenas y decenas de miles de seglares católicos que supieron morir perdonando generosamente a sus verdugos, realizando así la auténtica reconciliación cristiana que ahora se pide a la Iglesia Mártir del 36. Ese derroche de heroísmo

martirial no hay por qué ocultarlo; nadie, con razón y honradez, puede sentirse humillado u ofendido porque ahora ya, la Iglesia Católica reconozca la santidad heroica de sus preclaros hijos: los mártires de la Cruzada Nacional del 36. ¡Mucho menos si se es católico o "teólogo" como Alvarez Bolado! ¿Por qué "ellos" pueden exaltar a los **muertos** del Proceso de Burgos y nosotros no podemos hacer lo mismo con los mártires de Paracuellos del Jarama, de Turón o de Barbastro? ¿O son los mártires que murieron perdonando a sus verdugos, los enemigos de la reconciliación nacional? ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Y hemos llegado, como vamos viendo y en aras de esa falsa y falaz reconciliación nacional en la mentira y la impiedad. ¡Todo por mor del dichoso y encomiado entendimiento cristiano-marxista! Por ahí empezaron tantos clérigos y seglares católicos: uniéndose a los "hermanos comunistas" para luchar y derrocar al Régimen Nacionalcatólico de Franco viniendo a la postre a "comulgar" con las ruedas de molino del Socialismo marxista de hoy, agnóstico y ateo. Ahí está la afirmación del P. Díez Alegría: "Yo he encontrado a Cristo a través de Marx"; y la del P. Llanos alzando el puño de odio en la plaza de toros de las Ventas y dejando en su testamento que, en vez del crucifijo, le pusieran la **hoz y el martillo**. ¡Todo un símbolo para ver y constatar hasta dónde han caído los hijos de San Ignacio en España!

Esta es nuestra Iglesia postconciliar, marxista y reconciliada, es la que, con frecuencia, organiza congresos como el titulado **Evangelio y Hombre de hoy** don-

de abiertamente se defendió la inoportunidad e injusticia que comete la Iglesia Católica al beatificar a los **mártires** de la Cruzada Nacional del 36, en desdoro de los **muertos** del bando y zona de los rojos durante la Guerra Civil española. Pues ¿qué mártires de Cristo muertos **in odium fidei** podrá beatificar la Iglesia Católica de la zona nacional? ¿Tal vez los 14 curas-guadarís que pelearon y murieron con las armas en la mano, odiando a los soldados del Ejército Nacional? ¿Es ésa la monstruosa igualdad que el Progresismo católico y el separatismo vasco-catalán están pidiendo a Roma? Lo que sí podemos pedir a Roma, con justicia y con verdad, es que, habiendo canonizado ya a las víctimas del Nacismo alemán, como el P. Kolbe, la Iglesia debe canonizar con mayor razón las víctimas del Comunismo marxista, enemigo mortal de Dios y de España. ¿Que esto implica, quieras que no, el proceso histórico al Socialismo marxista español, arteramente llamado ahora "Socialismo de rostro humano", "Socialismo en libertad"? ¡Cada palo que aguante su vela! ¡Y allá los socialistas-marxistas como Santiago Alvarez proclamando su particular dogma comunista: "todos somos iguales": si se canoniza a los mártires de la zona roja, que también se canonicen a los muertos de la zona nacional. Esto es lo que están pidiendo ya los señores obispos vascos, enrolados en esa desbocada carrera para elevar al honor de los altares a las víctimas de uno y otro bando de la Guerra Civil del 36. La Iglesia Católica, a quien tachan de parcial en el asunto de los Mártires de la Cruzada, debe hacer justicia, como el Dios al

que ella se debe y sirve. Los mártires de Cristo en el altar; y los verdugos del Comunismo en la tumba de su padre Lénin, hoy día colocado ya como baldón en los anales de la Historia de la Humanidad.

Durante medio siglo, se pasaron los "reconciliadores" cristiano-marxistas pidiendo que el velo del olvido sepulcral fuera tendido sobre la memoria de nuestros gloriosos mártires de la Cruzada Nacional del 36. Ahora, esos mismos, son los primeros en pedir a la Iglesia de Dios que convierta las piedras en panes, y las balas de fusil de los **curas-gударis** en aguabendita e incienso de nuestros altares. ¿Todos iguales? ¿Iguales los mártires de Barbastro que morían gritando "¡Viva Cristo Rey!" y los que gritaban "¡Viva Rusia, viva Marx?" ¡Todos iguales! Los milicianos que "fusilaron" al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles; los que quemaron 20.000 iglesias católicas y los que después de la guerra las reconstruyeron. ¡Todos iguales en la verdad, la justicia y la santidad...(?) ¡Hace falta tener descaro, ignorancia o malicia para pedir tal cosa! Pues a eso aspiran nuestros decididos "reconciliadores" nacionales. ¡Por pedir que no quede! Claro está que contra el vicio de pedir está la virtud de no dar, y bien saben en Roma a qué vela atenerse a la hora de elevar al honor de los altares a un siervo de Dios o a un mártir de Cristo Rey de buena ley y de verdad.

ROMA LOCUTA CAUSA FINITA

Sobre los mártires de la Cruzada Nacional del 36 hablaron los pontífices Pío XI y Pío XII. Luego Roma calló durante los pontificados de Pablo VI y Juan XXIII. El Progresismo católico español y el Socialismo marxista internacional cantaron ya victoria: «Habrá de pasar un siglo antes de que los mártires de la zona roja suban a los altares. **"Episcopus dixit!"** "Yo veré desde el cielo la exaltación de los mártires de la Cruzada" -se atrevió a profetizar el obispo Camprodón el mismo día en que su santidad el Papa firmaba el decreto de Beatificación de las tres carmelitas de Guadalajara-. Por su parte, el cardenal Jubany, disertaba en el "Full" diocesano de Barcelona ese mismo día sobre la no conveniencia de levantar la suspensión de las Causas de Beatificación de nuestros mártires. La voz de Roma les había sorprendido con el pie torcido y a destiempo del ritmo eclesial sobre este tema. Nosotros habíamos pedido a su Santidad el Papa Juan Pablo II, en su última visita a España, que si había ido a rezar a Aushwietchin ante la tumba de los "mártires del nazismo alemán", con mayor razón debía ir a rezar ante la tumba de las víctimas del odio y el "racismo rojo" en Paracuellos del Jarama. El Papa no fue a Paracuellos del Jarama y pensamos que nuestra súplica había caído en el vacío y el "silencio sepulcral" impuesto en tiempos de Pablo VI a nuestros gloriosos Mártires de la Cruzada Nacional del 36. Nos engañamos, como se engañaron los cristiano-marxistas al cantar victoria antes de tiempo.

En 1982, en la visita **ad limina** de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo, el Papa Juan Pablo II manifestó su intención de "impulsar la canonización de los mártires españoles en la guerra civil del 1936", sin paralizar injustamente los procesos -como ya advirtió en Otranto- con estas textuales palabras: "No se pueden paralizar injustamente estos procesos, por ciertos motivos y pretextos políticos que ya en tiempo de los romanos se alegaban contra ellos» (El Alcázar, 20-XI-1982).

Al año siguiente, en el Sínodo de Obispos (1983), el Cardenal Palazzini, fue interrogado por el obispo de Panamá, de origen español, sobre si los **Mártires de la Cruzada Nacional de Liberación** lo eran o no. El Cardenal que presidía la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, respondió textualmente: "Estos procesos, que fueron suspendidos en los años sesenta por motivos prudenciales -para evitar interpretaciones no rectas, que no fueran instrumentalizados, o creasen divisiones, -han reemprendido su marcha" (El Alcázar, 20-X-1983, pág. 12).

Aquellos "motivos prudenciales" -políticos y eclesiales- que impusieron la suspensión cautelar de las Causas de Beatificación de nuestros mártires, el Papa actual los considera injustos y fuera de lugar; y manda y ordena que su elevación al honor de los altares sea promovida y acelerada. Así es como se llega a la Beatificación de las carmelitas de Guadalajara; la de los mártires de Turón, la de Barbastro y la de San Juan de Dios, auténtica eclosión martirial: 122 mártires de una

tacada que subían a la Gloria del Bernini para admiración del mundo y pasmo de los cristiano-marxistas que habían entonado antes de tiempo el **responso** por las Causas de Beatificación de nuestros mártires de la Cruzada Nacional del 36.

Pero los enemigos de nuestros mártires no se dan por vencidos y siguen en la campaña sibilina, mendaz y tendenciosa, tratando de frenar de nuevo o desprestigiar la Causa de los Mártires de la Cruzada. Bajo el conocido lema de "todos iguales", "todos reconciliados", "todos hermanos en Cristo" lo que se pretende es perpetuar la injusticia y la traición a la sangre martirial de nuestros gloriosos "Caídos por Dios y por España". La clase de "reconciliación" que nos querían imponer la hemos visto con nuestros propios ojos en la profanación de la capilla de Cristo Rey en Pärpers (Barcelona); en el monumento de Pont de Molins (Gerona) y en tantas y tantas lápidas conteniendo las impresionantes listas de los "caídos por Dios y por España" que antes figuraban en las paredes de nuestras iglesias. Alguna de esas lápidas fue rota a golpes de piqueta manejada por el mismo señor cura párroco del lugar(!) Pero la hora de la verdad, y la hora de nuestros mártires, ha sonado en el reloj de la Historia. En la crónica de Albert Escala, corresponsal de **La Vanguardia** en Roma, describía así la última beatificación colectiva realizada por el Papa Juan Pablo II el día 25 de Octubre de 1992 en el Vaticano: "**Treinta mil fieles asisten a la beatificación de 122 víctimas de la guerra civil española.**" Roma.- "El Papa comparó ayer a los religio-

sos españoles asesinados en Paracuellos del Jarama con los "mártires" católicos de otros países europeos que han perdido la vida en los campos de concentración nazis y soviéticos. El Pontífice instó al perdón para los autores de estas atrocidades. (Perdón para los criminales, no olvido de sus crímenes). Juan Pablo II quiso recordar a "todos los que en este siglo crítico y ante las crueldades, los "gulags", las cárceles y los campos de concentración fueron testimonios de la fe, de la esperanza y del amor de forma heroica". Estas palabras forman parte de la homilía que pronunció en la plaza de San Pedro ante un heterogéneo grupo de peregrinos de todo el mundo formado por más de treinta mil personas (de las que, al menos, seis mil o siete mil eran de diferentes regiones de toda España) que se habían dado cita para una de las más masivas ceremonias de beatificación que se recuerden: la elevación a los altares de 51 claretianos asesinados en Barbastro durante los primeros meses de la guerra civil y otros 71 religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios fusilados en los mismos días y en diversas localidades españolas, incluidas Barcelona, Madrid y Paracuellos del Jarama..." (La Vanguardia, Lunes, 26 de Octubre 1992, pág. 25).

"Deo gratias! y Te Deum laudabimus! Al fin, la prensa liberal se decidía a publicar la verdad de los Mártires de la Cruzada Nacional. Claro está que el Progresismo católico español no va a echar las campanas al vuelo, ni comprenderán jamás el gesto de su Santidad el Papa Juan Pablo II, ni la alegría de los buenos

españoles. El mismo día 25 de Octubre, a la misma hora del esplendoroso triunfo martirial de España en el Vaticano, leíamos la amargada crónica de Albert Manent titulada: "Sobre los mártires de 1936". En ella se estampaban estas palabras de dolorida queja: "Comprendo el escrúpulo de quienes deseaban retardar la beatificación de los mártires de la guerra civil española hasta que hubieran desaparecido quienes vivieron aquel horror..." (La Vanguardia, domingo 25-X-92, pa. 46).

Nosotros no comprendemos el escrúpulo, la amargura y la desilusión de éstos tales, que deseaban retrasar la Beatificación de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36 **ad calendas graecas!**, es decir: para nunca. Para nosotros, esos tales, ni son católicos ni son españoles. Son los propaladores del consenso cristiano-marxista, nueva **leyenda negra** contra la España Nacional Católica de Francisco Franco.

Nosotros sí, echamos las campanas al vuelo por el triunfo de la **España Mártir**: 122 héroes que suben en procesión triunfal a la Gloria del Bernini para bien de la Iglesia Católica y honra de España. ¿Que esto es triunfalismo y politización de nuestros mártires? ¡Lo cortés no quita lo valiente! -decimos nosotros-. ¡Mejor es recordar y exaltar a los que murieron por Dios y por España en Paracuellos del Jarama, que exaltar la memoria de las víctimas del Proceso de Burgos! ¡Y que Dios reparta suerte entre mártires, víctimas y verdugos!

A ello no se resignan los "protestantes" de siempre: marxistas y católicos progresistas. Con motivo de la última Beatificación multitudinaria de mártires el 25 de Octubre de 1992, realizada con toda solemnidad y esplendor en el Vaticano, corrieron octavillas por las calles de Barcelona y a la puerta de sus iglesias, del tenor siguiente:

"El próximo 25 de Octubre de 1992 está prevista en Roma la beatificación de 51 misioneros claretianos españoles fusilados(?) después de la insurrección fascista de 1936 por miembros del bando republicano. La Iglesia Católica dice en la actualidad que beatifica para proponer modelos de vida cristiana a seguir. ¿Qué modelo se quiere ejemplarizar con esta beatificación colectiva de "mártires" de un solo bando de la guerra civil española? Guerra que fue calificada como "Cruzada" por la inmensa mayoría de los obispos españoles, hecho por el que los obispos todavía no han pedido perdón al pueblo español; aunque sean repudiables los actos de violencia injustificada cometidos por los dos bandos de una guerra que comenzó con una sublevación militar contra la República española.

"Se piensa beatificar igualmente a los clérigos vascos fusilados por las tropas nacionales"? ¿Y por qué a clérigos? Parece esta beatificación colectiva un espaldarazo a una visión clerical más propia del nacional-catolicismo, que por lo visto aún colea en determinados círculos.

"Por otra parte el lenguaje del opúsculo publicado por Editorial Claret en 1992 de Gabriel Campo Villegas,

traducido al catalán por Jaume Sidera y Plana (ambos claretianos) relatando los hechos, rezuma parcialidad y complicidad ideológica fascista con expresiones como "pistoleros", "rojos", "...las llamadas "columnas catalanas" de ex-presidarios, prostitutas y anarco-comunistas...", "populacho", "energúmenos", dedicadas, salvo una honrosa excepción, a los miembros de un bando de aquéllos tristes acontecimientos; mientras que los miembros del otro bando eran "caballeros honorables".

¡Pues sí, señor, lo eran! -mal que le pese al autor o autores de la octavilla-. No así los verdugos del bando republicano a quienes se aplicaba con razón tales dicitos. El panfleto airado y destemplado se explica a su aire y acomodo, con la libertad de expresión vigente en nuestra democracia. Lo que no se explica tanto es que dicha propaganda, que respira odio y aversión contra la Iglesia Mártir y la Iglesia Jerárquica española, se repartiera libremente a la entrada de la iglesia de San Antonio M^o. Claret sita en la calle de su nombre.

No cabe duda de que estamos en las mismas, y del Socialismo marxista español cabría decir lo mismo que se dice de los borbones: "no han aprendido nada, no han olvidado nada".

Ahí está ese flamante y "demócrata" genocida de Paracuellos del Jarama, Santiago Carrillo con su empeño de volver al camposanto de Paracuellos para bailar sobre las tumbas de los mártires que allí duermen el sueño de los justos. La actitud valiente de un grupo de

españoles bien nacidos lo impidió. Pero la voluntad expresa de estos "reconciliadores nacionales" ahí queda, indeleble, como las lápidas con el rosario interminable de víctimas y de mártires del Socialismo marxista español. ¡Esto es lo que no debe olvidar jamás España! La España mártir y la España reconciliada. Perdonar no es olvidar. Eso no es humano, ni cristiano, ni español. Y que nos perdone Monseñor Díaz Merchán si no comulgamos con su sentido de la reconciliación cristiana. Nosotros queremos recordar, y recordamos, con orgullo santo, la fidelidad de aquella Iglesia Mártir de España que, en la cruelísima persecución marxista, ofreció al martirologio cristiano ese impresionante holocausto de víctimas inocentes y de mártires auténticos de Cristo. Queremos reivindicar su memoria, su heroísmo y su martirio frente al olvido y menosprecio actuales, no tanto de la Comunidad política como de la Comunidad eclesial. Nosotros no queremos hacernos reos de alta traición a la generosa sangre martirial de aquella Iglesia Española, fiel a su Dios y a su Patria. No queremos que Dios nos pida cuentas como a Caín, el fratricida: "¡Caín, Caín! ¿Dónde está tu hermano Abel?"

A Dios gracias, nuestros señores Obispos se atreven ya a decir en su documento "**Constructores de la paz**": "Para construir la paz no sería bueno que nuestra Guerra Civil se convirtiera en un asunto del que no se puede hablar con libertad y objetividad; que unos y otros necesitamos saber, sin crispaciones, lo que de verdad ocurrió en aquellos años; que para superar rea-

lidades como aquellas es indispensable conocerlas a fondo sin desfigurar los hechos, ni ofrecer una imagen distorsionada de los mismos".

Esta es nuestra sincera intención y nuestro propósito decidido. Recuperar para las generaciones futuras, la verdad histórica de la **persecución religiosa**, acaecida en la zona roja y a lo largo de la sangrienta Guerra Civil del 36. De esa cruel persecución religiosa y de la exaltación de los mártires de la misma, se atreven ya a hablar alto y claro las más altas Jerarquías de la Iglesia Española. El entonces Presidente de la Conferencia Episcopal Española, el Cardenal Suquía, se preguntaba con motivo de la Beatificación de las tres primeras mártires carmelitas que subieron al honor de los altares: "¿No significa esta beatificación desenterrar el fantasma de las dos Españas? ¿No sería más prudente el silencio sobre su sacrificio? ¿No se corre el riesgo de suscitar pasiones y sentimientos ya olvidados? Sinceramente creo que no. Nada se ha desgarrado en España porque hayan sido exhumados y glorificados poetas y políticos antaño condenados al silencio y ahora en pie sobre sus pedestales. ¿Habría entonces alguna razón para que una glorificación religiosa tuviera que producir los efectos perniciosos para la convivencia que no han provocado tantas y tantas beatificaciones laicas? ¿No murieron acaso nuestros mártires cristianos perdonando? ¿No es su sangre, como la de Cristo en la Cruz, fuente y causa de reconciliación?"

Por su parte, el Cardenal Primado de España, don Marcelo González Martín, fue más claro aún y más

incisivo: "Hoy, a la vuelta de cincuenta años, si no se quiere escribir la historia desde el silencio, el disimulo convencional o la mentira, ya resulta sospechoso el sólo cuestionar el hecho palmario de una auténtica persecución religiosa. Existió esta persecución, aunque el conflicto (de la Guerra Civil) tuvo también otras motivaciones, (pero) constituiría una aberración antihistórica, antipastoral y antiteológica, pretender explicar de otra manera una muerte alevosa, ensañada e impune, a plena luz del día, cazadas en calles céntricas, las tres religiosas salidas de su clausura monacal y por el solo hecho de sospechar que fuesen monjas.

"Poco importa que la saña anticristiana en aquel momento se encarnara en grupos adueñados de las calles, no por generación espontánea sino como fruto sociológico de ideologías, consignas y programas largamente incubados en el odio visceral, social y político a Dios y a su Iglesia.

"Tales hechos -agrega la pastoral de don Marcelo- con la profusión, impunidad y uniformidad programada con que se registraron en cuantas regiones españolas quedaron en la contienda a merced de una de las partes beligerantes, no tendrán nunca cabal explicación histórica si se disimula o trata de eliminar en su génesis ideológica y social, el hecho profundo antirreligioso".

A estos elocuentes textos de nuestros obispos no inficcionados de progresismo católico o separatismo vasco-catalán, hay que añadir los del Papa Juan Pablo II, que ha sido el decidido impulsor de la causa de nues-

tros mártires de la Cruzada Nacional del 36.

Y cabe destacar el hecho de que su Santidad el Papa Juan Pablo II no limita el concepto de **mártir de Cristo** a las personas consagradas a Dios o al apostolado directo de las almas. Valora también el heroísmo cristiano de los que defienden con las armas en la mano un noble ideal como es el dar la vida por la Religión y la Patria. Esto implica el reconocimiento indirecto de la **Cruzada Nacional del 36**, que a nosotros interesa tanto destacar. La Guerra Civil del 36 fue una auténtica Cruzada en defensa de la fe del católico pueblo español, y los soldados que dieron la vida por Cristo en el campo de batalla, como **Antonio Molle Lazo, "mártir de la boina roja"** de quien nosotros publicamos su vida y martirio con dicho título, son auténticos testigos, es decir, mártires de Cristo, merecedores también del honor de los altares.

Cierto es que tales palabras suenan a blasfemia en los ambientes del catolicismo progresista actual de nuestra Patria. Pero la palabra del Papa Juan Pablo II está ahí, como réplica autorizada a los que claman al cielo cuando se les habla de la **Cruzada Nacional del 36**. Oigamos al Papa defendiendo la **Cruzada** en defensa de la Fe Católica en Otranto y en España. "Nosotros llamamos mártires a los cristianos que, en el decurso de la Historia -**et in odium fidei**- han padecido sufrimientos terribles por su crueldad y, finalmente, se les infligió la muerte. El martirio es una gran prueba. Dios probó a los mártires y los halló dignos de sí. Aquellos 800 otrantinos, tras haber defendido por todos los

medios la supervivencia, la dignidad y la libertad de su querida ciudad y de sus casas, también supieron defender, de una manera sublime, el tesoro de su fe. ¿Eran quizá unos ilusos, unos hombres fuera de su tiempo? ¡No! Aquellos eran hombres auténticos, fuertes, decididos, coherentes, bien enraizados en su historia, eran hombres que amaban intensamente a su ciudad (su Patria). Nos han dejado (...) dos testimonios fundamentales: el amor hacia la patria terrena y la autenticidad de la Fe Cristiana. El Cristianismo ama a su Patria terrena. El amor hacia su patria terrena es una virtud cristiana. Muy frecuentemente se trata de calificar a los mártires como culpables de reatos políticos. También Cristo fue condenado a muerte aparentemente por este motivo. Por esto no olvidemos los mártires de nuestro tiempo. No nos comportemos como si no existieran". (Verbo, Serie XXIII, nº 227-228).

Esta misma defensa de nuestros **cruzados** de la Guerra Civil del 36 la esgrimió el Papa ante los obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo el 9 de Marzo de 1982: "Tendremos que hacer algo para promover esta glorificación".

Y como algún obispo tratara de hacer ver al Papa las exigencias de la "reconciliación" y la paz entre los españoles, Juan Pablo II le atajó diciendo: "...No deberíamos jamás ser arrollados, como ocurre, por las falsas excusas o los falsos pretextos políticos; es necesario hacer revivir el testimonio puro, transparente y valiente de la fe, por mucho que en torno se empeñen unos y otros en descalificarlos con pretextos políticos

que nunca faltan". Y volvió a remachar el argumento de los mártires de Otranto: "Si los tuviéramos en cuenta (los falsos pretextos políticos) tendríamos que borrar del catálogo de los santos a todos los mártires del tiempo romano, porque también entonces se alegaba un pretexto político: el culto al emperador. Y sin embargo, todos nuestros altares están llenos de reliquias de santos mártires proclamados como tales.

"La Humanidad -termina diciendo Juan Pablo II-, "no puede olvidar a los hombres y mujeres que, en cada país, dieron su vida, sacrificándose por la causa justa, la causa de la dignidad del hombre. Ellos afrontaron la muerte como víctimas inermes, ofrendadas en holocausto o **defendiendo con las armas su libre existencia**. (Subrayado nuestro). Resistieron no para oponer violencia contra violencia, odio contra odio, sino para afirmar un derecho y una libertad para sí mismos y para los demás, aún para los hijos del que entonces era su opresor. Por eso fueron mártires y héroes" (La Vanguardia, 9-IV-1985)

Frente a estas claras y taxativas palabras de su Santidad el Papa Juan Pablo II, se comprende mejor el **fuera de juego** en que se hallan las de aquel arzobispo español expresidente de la Conferencia Episcopal Española afirmando que "**fue un desacierto el apelativo de cruzada**" dado a la Guerra Civil Española del 36. Con ellas venía a descalificar al Episcopado Español en pleno, al Episcopado Mundial que aprobó su célebre Carta Colectiva del 1937, y a los papas Pío XI y Pío XII que reconocieron abiertamente ese carácter de **Cruza-**

da al Alzamiento Nacional del 36. La verdad y la razón histórica del mismo están reconocidas en las palabras del entonces obispo de Oviedo, monseñor Echeguren y Aldama (1936): "Lástima que tengamos que explicarle al mundo civilizado que esto (la guerra) no es un pronunciamiento militar, ni una guerra civil, ni una lucha de clases. Nuestra guerra es puramente defensiva del hogar en que habitamos; de la Patria en que vivimos; de la Religión que profesamos; de la civilización y cultura que nos legaron nuestros abuelos (...). Es una guerra religiosa y patriótica de la misma trascendencia que aquella que comenzó en Covadonga y terminó en los muros de Granada".

Por eso tiene toda la razón el Papa Juan Pablo II al hacernos, a los españoles de hoy, la pregunta que hizo a los franceses de ayer (1986) durante su visita a la ciudad de Lión. En el anfiteatro romano de las Tres Galias, les apostrofó diciendo: "Cristianos de Lión, de Vienne y de Francia, ¿Qué hacéis con la herencia de vuestros gloriosos mártires?" (*La Vanguardia*, 5-X-1986).

El Papa insistió ante las comunidades cristianas francesas en que la herencia de aquellos cristianos de Francia con la donación de su vida no puede ser abandonada. Mucho menos profanada, como pretendía Santiago Carrillo en su día. Por su parte, el Papa, sigue denunciando a continuación la dejadez y apatía de los cristianos con estas palabras: "Hoy día, los cristianos no son maltratados, gozan incluso de todas las libertades, pero hay un riesgo: asistir al confinamiento de la

fe en el único ámbito de la vida privada del individuo. Se da una indiferencia masiva ante el Evangelio y ante los comportamientos morales que es una manera de ofrecer sacrificios, poco a poco, a los ídolos del egoísmo, del lujo, de la satisfacción y del placer buscados a cualquier precio y sin ningún límite. Esta forma de presión o de seducción podría matar el alma sin atacar el cuerpo. El espíritu del Mal, que se oponía a nuestros mártires, está siempre en acción. Con otros medios, continúa el intento de destruir la fe. ¡Cristianos de Lyon y de Francia, no os dejéis engañar" (Cfr. *Ibidem*).

Podemos ¡y debemos! los españoles aplicar esta advertencia papal a la situación particular de nuestra sociedad: ¡Cristianos españoles de Madrid, Barcelona o Sevilla: no os dejéis engañar ni por la falsa "reconciliación nacional", ni por el Socialismo de rostro humano, ni por el Progresismo católico actual! Porque de lo que ahora se trata no es de hacer mártires sino apóstatas. Y es de urgente necesidad el conocer, propagar y defender la vida, el ejemplo y el heroísmo de nuestros mártires, tales como los jóvenes católicos Juan Roig Diggie, Francisco Castelló Aleu y Antonio Molle Lazo, "Mártir de la boina roja"; así como el admirable gesto de aquellos seminaristas de Barbastro que, momentos antes de ser sacrificados, encajas de cerillas, dejaron grabado el grito de victoria de los gladiadores en el anfiteatro romano: **Ave, Christe, morituri te salutant!** ¡Salve, Cristo, los que van a morir te saludan!

El testimonio de esta juventud heroica y martirial, debía ser el mejor revolutivo de nuestro catolicismo

nacional adocenado, burgués, comodón y "consensuado" con el "Socialismo en libertad" y el Liberalismo adocenado y consentidor. Cristianismo el nuestro traidor a fin de cuentas a su Dios, a su Patria y a su Fe. Los católicos españoles debemos despertar, por las buenas o las malas, de esa **paz octaviana** que nuestros gloriosos Mártires de la Cruzada Nacional del 36 nos adquirieron con su sangre y su sacrificio. Debemos salir a la palestra y defender a Cristo en el templo, en la calle, en el Parlamento, en la Universidad. Debemos defender nuestra Verdad, nuestra Fe y nuestra Historia sin miedo ni complejos. ¡Nobleza obliga y las circunstancias mandan!

El ejemplo mejor y el estímulo más apremiante nos viene de su Santidad el Papa Juan Pablo II. Dos años antes de su elección como Vicario de Cristo en la tierra, en la fiesta del Corpus de 1976 pronunció estas palabras elocuentes por demás: ...Hemos salido hoy con Cristo presente en el Sacramento de la Eucaristía, por las calles de Cracovia para confesar a Dios. Esta confesión es un deber para todos nosotros. Vivimos en tiempos en los que se olvida a Dios; no se proclama la Fe en El; se le expulsa de las publicaciones, de los libros, de los programas de la vida pública (...) Nuestro tiempo tiene una particular necesidad de testigos, de confesores de la Fe, y está haciendo que nazcan esos confesores. Me serviré de un ejemplo: un muchacho, alumno de la escuela profesional, llevaba al cuello una pequeña cruz, como hace la mayor parte de los cristianos jóvenes y ancianos. Se le dijo en la escuela que tenía

que quitarse esa cruz, que no podía llevarla en el colegio; en último caso, que él no se presentase de ese modo en los ejercicios comunes. El muchacho respondió que no haría nada de todo eso. Le expulsaron de la escuela y llamaron a su madre, a la que trataron de explicar la "indecencia" del comportamiento de su hijo. Ella respondió: "¡Yo estoy orgullosa de mi hijo!".

Y concluyen las palabras y el testimonio del Cardenal Wojtyla, hoy Juan Pablo II: "con frecuencia se me echa en cara que hable de estas cosas. ¿Puedo callarme? ¿Cómo puedo dejar de escribirlas? Cualquier causa como la que os he contado, se trate de un muchacho, de una madre, de uno de vosotros, culto o inculto, profesor universitario o estudiante, cualquier causa como éstas, es nuestra causa común. Yo como obispo, debo ser el primer servidor de esta causa. De esta gran causa del hombre. Porque la causa de la libertad del hombre, de la libertad de las conciencias, de la libertad religiosa, es una gran causa humana. Del hombre de hoy y de siempre".

Hemos querido traer a colación estas palabras del Papa Wojtyla porque ellas brindan el programa e ideal más alto y noble para los españoles de hoy y de siempre: el programa de la **libertad cristiana**, que es tal por ser verdad. "La verdad os hará libres" -afirma el apóstol San Juan-. (Jn.8, 32) Libres con la libertad de Cristo. Todo lo contrario de lo que ahora se estila y se pregona: la libertad os hará verdaderos. Esa libertad absoluta del hombre que **hace la verdad** conduce inevitablemente a los fingidos paraísos de los "gulags",

de las “checas” o las “drogas”. La vida solamente es digna de vivirse para sacrificarla **libremente** en pro de una causa noble y justa. Nuestros gloriosos mártires de la Cruzada del 36 sacrificaron su vida **pro aris et focis**, por Dios y por España. Por eso son dignos del honor de los altares y de la gratitud de todos los buenos españoles. Reivindicación fundamental de la modernidad es la libertad. El mensaje de la Fe cristiana, por la que murieron nuestros mártires, es un mensaje de libertad. Por lo mismo, su heroísmo no ha pasado de moda y debe estar presente en la construcción de ese mundo del que tanto nos enorgullecemos: la **modernidad**.

Frente a la **consigna**, pues, del irenismo y el consenso posfranquista, postcomunista y postconciliar a toda costa, nosotros nos atenemos a la **advertencia** de su Santidad el Papa Juan Pablo II dada en su visita a Albania el 25 de Abril de 1993: “**No se puede olvidar el pasado si no se quiere repetirlo en el presente o el futuro**”.

Cierto es que, el gesto de su Santidad el Papa Juan Pablo II elevando al honor de los altares a 112 mártires de la Cruzada Nacional del 36 en un solo día, ha puesto de moda el tema de los mártires antes nefando y vitando. Ahora, por el contrario, se pretende “canonizar” por igual a los mártires de la zona roja y la zona nacional. Ahí están los señores obispos vascos tratando de iniciar el proceso de beatificación de aquellos 13 sacerdotes vascos fusilados por los nacionales después de un juicio sumarísimo y por habérseles cogido con las armas en la mano peleando contra sus hermanos en

la Fe durante la Guerra Civil del 36. Dichos sacerdotes no cumplen con las dos condiciones esenciales de los auténticos **mártires de Cristo**: ser muertos por odio a la fe y saber morir sin odio a sus enemigos y verdugos. Dichos sacerdotes vascos no fueron fusilados por **curas** sino por **gudaris**. No fueron muertos **por ser sacerdotes**, sino a pesar de su condición sacerdotal. De ahí que no puedan ser declarados mártires de Cristo en sentido estricto.

Hay que salir al paso de ese confusionismo imperante hoy día en ciertos ambientes clericales y políticos, opuestos hasta ayer mismo a la exaltación de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36, y ahora decididos defensores de los mismos, incluyendo, junto a los mártires de la **persecución roja** las víctimas de la **represión política** del franquismo.

Para ver hasta dónde llega dicho confusionismo, queremos traer a colación el artículo del periodista Albert Manent titulado: “**Sobre los mártires**” del que ya hicimos referencia: “Comprendo el escrúpulo de quienes deseaban retardar la beatificación de los mártires de la guerra civil española hasta que hubieran desaparecido quienes vivieron aquel horror. Porque los mártires del Japón tardaron 250 años en ser reconocidos y la beatificación de las primeras víctimas de la Revolución francesa tardó ciento diez años.

“En el caso de Cataluña, han empezado las beatificaciones y canonizaciones de gran parte de los 2.441 sacerdotes, religiosas y religiosos sacrificados de 1936 a 1939. Si no figuran todos en procesos

incoados es porque en ciertos casos no se saben las circunstancias de muerte o porque en los expedientes anteriores al martirio constaban ciertas faltas de virtud, o bien supuestas o reales... En Cataluña, algunos de los excluidos de los procesos de canonización lo fueron por sus simpatías políticas. Conozco el caso de mossèn Pau Queralt, hijo de Montblanc y escritor, que no figura en el proceso iniciado en la diócesis de Tarragona. Ferviente catalanista, fue perseguido durante la dictadura de Primo de Rivera. El 2 de Agosto de 1936, un centenar de hombres de los pueblos cercanos dieron una batida por las montañas de Prades, como si el sacerdote fuera un jabalí, y le mataron cuando salía del Mas de Mateu, en la parte agreste de Rojals... Este caso debe ser el más señero, pero intuyo que, debido al clima político que imperaba en la postguerra, cuando se incoaron los procesos, otros clérigos religiosos quizá fueron excluidos de la lista de posibles mártires por su defensa de la lengua, la cultura o las instituciones catalanas... Creo que se impone una rigurosa revisión de dichos procesos martiriales para analizar las causas y la validez actual de tales exclusiones. Y, si se tercia, puedan añadirse a los diversos procesos diocesanos aquellos casos que bien merecen estar en la lista de canonizables porque dieron heroicamente su vida por Jesucristo y la Iglesia, aunque en lo temporal tuvieran unas legítimas preferencias políticas e incluso ideológicas” (Albert Manent -**La Vanguardia**, 25 de Octubre de 1992).

Si esto se demuestra, es decir, que ciertos clérigos,

teñidos de un catalanismo visceral, fueron muertos **in odium fidei** y ellos “dieron heroicamente su vida por Jesucristo y la Iglesia” como apunta el periodista Albert Manent cabría incluirlos en la lista de los Mártires de la Cruzada Nacional y ser beatificados no por “su defensa de la lengua, la cultura o las instituciones catalanas” sino por su profesión y defensa de la Fe cristiana.

Respecto de los temas religiosos -y en concreto sobre el de nuestros mártires- nuestros periodistas, siguiendo la moda actual, suelen mostrar una ignorancia supina que contrasta con su clara tendencia a sentar cátedra y “pontificar” sobre los mismos como es el caso de Albert Manent cuyo artículo es una buena prueba de lo que decimos. Con más buena intención que acierto este periodista viene a pedir a la Iglesia Católica que “se impone una rigurosa revisión de dichos procesos martiriales (los mártires del 36) para analizar las causas y la validez de tales exclusiones” porque “debido al clima político que imperaba en la postguerra, cuando se incoaron los procesos, otros clérigos o religiosos quizá fueron excluidos de la lista de posibles mártires por su defensa de la lengua, la cultura o las instituciones catalanas”.

Es muy legítima la defensa de la lengua, la cultura o las instituciones catalanas dentro del superior marco jurídico de la Unidad de España, pero esa defensa no es causa suficiente para incluirlos en el elenco y **Martirologio de los mártires cristianos**, cosa que sin duda tuvieron en cuenta los que, en su día, instruyeron la Causa de Beatificación de los Mártires de la Cruzada

Nacional del 36. Cosa de la cual duda el periodista Albert Manent: "algunos de los excluidos de los procesos de canonización lo fueron por sus simpatías políticas". Es ésta una acusación gratuita contra los jueces eclesiásticos que instruyeron los procesos.

Esto nos muestra y demuestra la necesidad de promover incansablemente una información precisa, honrada y veraz para que esté bien informado el pueblo español sobre el apasionante y apasionado tema de los **Mártires de la Cruzada Nacional del 36**. Auténticos mártires de Cristo tan sólo hubo en la zona roja y tan sólo ellos pueden subir al honor de los altares como lo demuestra el hecho incuestionable de que su Santidad el Papa Juan Pablo II haya beatificado a centenares de mártires procedentes de la zona roja y ninguno de la zona nacional. Ciertamente, es pedir peras al olmo y mártires al Ejército Rojo en el que militaron los curas-guadaris que ahora se quiere elevar al honor de los altares. Estos cometieron la aberración de militar en las filas de los enemigos de Dios y de España, mientras sus hermanos en el sacerdocio morían a millares, vilmente asesinados por los milicianos en las tierras de Vasconia o de Cataluña. Cada cosa en su sitio. Como la verdad, la santidad y el martirio cristiano del que aquí damos testimonio.

LA HORA DE LOS MARTIRES DE LA CRUZADA HA SONADO

El 22 de Marzo de 1985, Radio Vaticano transmitía al mundo católico una sensacional noticia en su emisión de las 21 horas y tras el rezo del Santo Rosario: **Su Santidad el Papa ha firmado el decreto de Beatificación de tres carmelitas descalzas del convento de San José de Guadalajara, martirizadas por odio a la Fe durante la Cruzada Nacional del 36.**

¡La hora de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36, finalmente, había sonado en el reloj de la Historia! No sólo para los sacerdotes y religiosos que murieron asesinados en la "zona roja" de la II República sino para los cruzados que lucharon y murieron con el grito de ¡Viva Cristo Rey! en los labios en la "zona nacional".

Esta convicción profunda por nuestra parte nos forzó a nosotros a escribir la vida del glorioso mártir de Cristo Rey Antonio Molle Lazo, mártir de la boina roja. (Ediciones Ojeda. Barcelona 1986). Siempre rendimos a este joven requeté tributo de admiración por su heroísmo en luchar, defender y morir, entre horribles tormentos, a Cristo Rey. Pocos jóvenes del Martirologio Cristiano le igualan, y ninguno le supera en heroísmo, valentía y arrojo en defender su Fe de católico convencido. Antonio Molle Lazo es el símbolo de la última Cruzada del Occidente Cristiano y un ejemplo para la juventud incomparable. Por eso quisimos recuperar su imagen y su heroísmo para las juventudes católicas del mundo. Su Canonización será el reconocimiento, al más

alto nivel, y por parte de la Iglesia Católica, del espíritu de cruzada que animó al bando nacional durante la Guerra Civil del 36. Hubo una Cruzada en España; y hubo muchos cruzados como Antonio Molle Lazo que supieron luchar y morir como auténticos mártires de Cristo.

Esta es la tesis, difícil y arriesgada, que nosotros mostramos y demostramos a través de la vida y el martirio de un joven requeté soldado de España y mártir de Cristo Rey: **Antonio Molle Lazo, "Mártir de la boina roja"**.

A esta canonización se oponen y se opondrán siempre el Comunismo apátrida, el Socialismo marxista y el Progresismo católico dominante en la Iglesia postconciliar. Pero la pregunta está en pie: ¿Puede o no puede subir a los altares un **miles Christi** como Antonio Molle Lazo? La respuesta podría ser una Santa Juana de Arco, un San Luís rey de Francia o un San Fernando rey de España. El santoral cristiano está ahí, como prueba irrefutable de que la Iglesia Católica venera y reza a los que dan la vida por Cristo, por la causa de Cristo. Nosotros reclamamos para el valiente joven requeté Antonio Molle Lazo el título de auténtico **Mártir de Cristo Rey**, con derecho a subir un día a la gloria del Bernini como un San Jorge y un San Sebastián.

Auténtico mártir de Cristo es aquél soldado, clérigo o seglar que muere en odio a la Fe y sin odiar a sus propios enemigos y verdugos. Esto es, ni más ni menos, lo que hizo Antonio Molle Lazo durante la Cruza-

da Nacional del 36: peleó por Dios y por España; fue cruelmente martirizado **por odio a la Fe** que profesaba y supo morir con el sagrado grito en los labios de **¡Viva Cristo Rey!**. ¿Que Antonio Molle Lazo se presenta al mundo tocado con la boina roja de su ideología política y murió luchando contra sus enemigos? ¿Es acaso un delito o pecado defender a la Religión o la Patria? Ya vimos cómo para su Santidad el Papa Juan Pablo II luchar y morir por esta causa es digno de alabanza, de encomio y del honor de los altares. Repitamos aquí, una vez más, el texto más claro y rotundo al respecto: "La Humanidad no puede olvidar a los hombres y mujeres que, en cada país, dieron la vida, sacrificándose por la causa justa, la causa de la dignidad del hombre. Ellos afrontaron la muerte como víctimas inermes, ofrecidas en holocausto, **defendiendo con las armas su libre existencia**. Resistieron no para oponer violencia contra violencia, odio contra odio, sino para afirmar un derecho y una libertad para sí mismos y para los demás, aún para los hijos del que entonces era su opresor. **Por eso fueron mártires y héroes**" -concluye con autoridad el Papa, mártir viviente de Cristo y testigo de excepción frente al Comunismo apátrida y ateo.

CONCLUSIONES

Resumiendo nuestro discurso sobre Los **Mártires de la Cruzada Nacional del 36**, nosotros afirmamos y decimos:

- * Hubo una sangrienta persecución religiosa durante la Guerra Civil del 36 en la Zona Roja.
- * La ubicación espacio-temporal de la misma no fue la España Nacional, sino la España roja de la II República.
- * Esta realidad histórica fue reconocida y denunciada ante la opinión pública mundial por el irrefutable documento de la **Carta Colectiva del Episcopado Español (1937)** refrendado por el Episcopado de toda la Iglesia Católica y confirmado el carácter martirial de las víctimas de dicha persecución religiosa por los papas Pío XI y Pío XII.
- * La suspensión circunstancial de las causas de Beatificación de los Mártires de la Cruzada Nacional del 36 en los años sesenta y durante el pontificado de Pablo VI es considerada hoy día injusta y lesiva del honor debido a aquellos que murieron por Cristo al grito de “**¡Viva Cristo Rey!**”.
- * El título de **Mártires de la Cruzada Nacional del 36** es justo y sirve para identificar en el campo de la Historia, dicha persecución religiosa, como la de Diocleciano, de Nerón o de Trajano. Nuestros mártires murieron por Cristo. Cierto. Pero murieron durante la Cruzada Nacional del

36 en la que se luchó y se venció al Comunismo “intrínsecamente perverso” que trató de aniquilar a la España Nacional Católica.

* Finalmente, nosotros estamos con la voz de la Iglesia y el Magisterio infalible del Papa que ha elevado ya al honor de los altares a las monjas carmelitas (29-III-87); a los mártires de Turón (29-IV-90); a los mártires de San Juan de Dios y mártires de Barbastro (25-X-92); y, finalmente, al numeroso grupo de mártires entre los que descuella el Obispo de Teruel Mons. Anselmo Polanco (1-X-1995).

Todos ellos, concluimos, murieron **in odium Fidei** y por su condición de sacerdotes, religiosos y católicos a manos de los “incontrolados” esbirros de la **zona roja**, donde se desarrolló la única y sangrienta **persecución religiosa** que la historia auténtica reconoce y la Iglesia Católica empieza a venerar como es debido y el heroísmo de nuestros gloriosos mártires se merece.

INDICE

| | |
|---|----|
| 1.- ¿GUERRA CIVIL O CRUZADA NACIONAL?..... | 3 |
| 2.- LA PERSECUCION RELIGIOSA EN LA ZONA ROJA..... | 16 |
| 3.- DENUNCIA DE LA PERSECUCION RELIGIOSA..... | 26 |
| 4.- HUBO MARTIRES EN LA GUERRA CIVIL DEL 36..... | 30 |
| 5.- PROHIBIDOS LOS MARTIRES DE LA CRUZADA NACIONAL EL 36..... | 40 |
| 6.- ROMA LOCUTA CAUSA FINITA..... | 51 |
| 7.- LA HORA DE LOS MARTIRES DE LA CRUZADA HA SONADO..... | 71 |
| 8.- CONCLUSIONES..... | 77 |